



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

SUMARIO

Número extraordinario

Mayo / Junio
2006

ENTREVISTAS

A Sigmund Freud

El valor de la vida y Exitos terapéuticos del psicoanálisis

Por George Sylvester Viereck

Éxitos terapéuticos del Psicoanálisis

Por Rosa Ligouri

A Eugène Lemoine-Luccioni: Freud y la guerra

Por Marlène Bétilos

A Judith Miller: El País entrevista a Judith Miller en Madrid

Por A. Intxausti

MISCELÁNEA

La América freudiana: 1906-1960

Por Elisabeth Roudinesco

Freud, Dostoyevsky, la ruleta

Por Philippe Sollers

La ascesis freudiana: cartas a Fliess

Por Eric Laurent

El descubrimiento de Freud

Por Serge Cottet

Freud y el gusto de nuestra época

Por Germán García

Actualidad de los debates freudianos en la civilización del trauma

Por Mónica Torres

Editorial

María Inés Negri

El tiempo de mi gestión como directora de *Virtualia* ha coincidido con el 150 aniversario del nacimiento de Freud. Esto ha sido para mí un acontecimiento imprevisto.

Guillermo Belaga, Director de la EOL, me propuso hacer un número extraordinario dedicado a Sigmund Freud, enlazándolo así en la serie de lo que no voy a llamar “homenajes”. No lo voy a llamar así, no porque Freud no lo merezca, sino porque habitualmente se homenajea a los muertos. Y si justamente conmemoramos el 150 aniversario del nacimiento de Freud, es porque queremos tomar lo vivo, lo que Freud hizo nacer.

Inventor del psicoanálisis, descubridor del inconsciente, se lo ha puesto a la altura de Copérnico. Descentró al hombre que se creía amo de su saber para enfrentarlo a un saber que, si bien lo determina en su discurso, escapa a su dominio.

Que hoy Freud siga siendo polémico, hasta despertar las críticas más hostiles y falaces –como las recientemente aparecidas en el *Libro negro del psicoanálisis*– da cuenta de que lo que hizo saber a la humanidad, no la ha dejado indiferente. Un hombre del siglo XIX, cuyo pensamiento subversivo aún despierta pasiones en los albores del siglo XXI.

Los textos que podrán leer en este número testimonian de lo revolucionario de su discurso, así como de su permanente preocupación por los acontecimientos de su época, marcada por diversos avatares de los cuales el movimiento psicoanalítico no quedó exceptuado. La primera guerra mundial, luego el ascenso del nazismo, lo conmovieron y marcaron, en vida de Freud y también luego de su muerte.

Dos entrevistas a Freud, una de 1926 y la otra de 1933, muestran la lucidez de su pensamiento, así como su deseo de vivir más allá de los dolorosos momentos por lo que tuvo que atravesar, su enfermedad, el exilio.

La entrevista a Eugénie Lemoine de 1998, publicada en su memoria meses después de su muerte, da cuenta de la preocupación de Freud y la guerra en su interlocución con Zweig, Einstein y Wilson.

La entrevista que le realizara el diario *EL País*, en Madrid, a Judith Miller, retoma la conferencia que diera en las jornadas sobre Sigmund Freud, en dicha ciudad y en la que destacaba la importancia del retorno a Lacan y a Freud dado que hoy estamos en un momento en que el psicoanálisis debe responder a preguntas nuevas que vayan en consonancia con los nuevos síntomas de la época.

Elisabeth Roudinesco en “La América freudiana” nos habla de la historia del psicoanálisis en los Estados Unidos antes y después del exilio obligado de muchos analistas europeos durante el nazismo, y la renegación que tuvieron que hacer estos emigrados para poder integrarse a la cultura americana que –como dijo Freud– “han transformado al psicoanálisis en una mucama para todo servicio de la psiquiatría”.

Philippe Sollers en “Freud, Dostoyevsky, la ruleta” da muestras una vez más de su poética erudita al interrogar el análisis que en su momento hizo Freud de la figura de Dostoyevsky, y da su propia versión de lo que Lacan nos dice respecto a que el artista siempre le lleva la delantera al psicoanalista.

Serge Cottet, en “El descubrimiento de Freud” texto que si bien fue publicado en 2002 tiene absoluta actualidad, ya que no solo afirma que lo esencial en Freud está en la invención de una nueva figura del sujeto sino que también sostiene que la doble referencia de la obra freudiana tanto al alma romántica y a Goethe como al positivismo austriaco, es lo que le permitió que hoy pueda abordárselo con la garantía de la modernidad.

Éric Laurent en “La ascesis freudiana: las cartas a Fliess”, desarrolla la novedosa interpretación que hizo Jacques Lacan de esta relación, a diferencia del psicoanálisis anglosajón. La correspondencia da cuenta del nacimiento de

la figura del “analizante” que Freud mismo fue el primero en encarnar. Lo que verifica la sentencia de Lacan: “una práctica no necesita ser esclarecida para operar”.

Germán García en “Freud y el gusto de nuestra época”, nos habla de Freud no solo como un antepasado sino como alguien que es también nuestro presente y nuestro porvenir. Es el “gusto” que dictamina lo que es perdurable. Al decir de Jacques Lacan, el psicoanálisis no cayó del cielo, sino que camino cierto tiempo “en las profundidades del gusto”.

En “Actualidad de los debates freudianos en la civilización del trauma”, Mónica Torres desarrolla cómo los distintos momentos históricos atravesados por Freud lo llevaron a posiciones opuestas en cuanto a la indicación y contraindicación de los análisis gratuitos; su posición en 1913 en “Sobre la iniciación del tratamiento” a la que sostiene respecto de la Clínica de Berlín fue testimonio de ello. Dan cuenta de un antes y después de la “masacre”.

Resta mi agradecimiento a Germán García, ya que es por su gentileza y generosidad que pude tener acceso al *Magazine Littéraire, hors-de-série, n°1*, del cual extraje algunos textos.

Mi especial gratitud a Judith Miller quien con su apoyo entusiasta obtuvo la autorización para que pudiera publicar los textos de Philippe Sollers, Elisabeth Roudinesco y Eugénie Lemoine.

Por lo demás queda en manos de los lectores que los textos aquí recopilados sirvan para reavivar la causa analítica, que el deseo de un hombre, Sigmund Freud, arrojó una vez al mundo.

Entrevistas a Sigmund Freud

Reproducimos a continuación dos entrevistas a Sigmund Freud realizadas en los años 1926 y 1932; ambas, en distintos momentos y circunstancias, fueron rescatadas del olvido. Tanto la primera, realizada por George Sylvester Viereck, como la segunda, a cargo de alguien no identificado mas que por la sigla N.B., nos ofrecen la posibilidad de reencontrarnos en distintos pasajes con el bien decir de Freud, agudo y bello, y su posición franca ante una diversidad de temas. El efecto de su lectura suele ser la inducción a pensar nuevamente sobre ellos.

Entrevista al Dr. Sigmund Freud

“El valor de la vida” [1]

Por George Sylvester Viereck [2]

1926

Esta entrevista fue concedida al periodista George Sylvester Viereck en 1926 en la casa de Sigmund Freud en los Alpes suizos.

Se creía perdida pero en realidad se encontró que había sido publicada en el volumen de “*Psychoanalysis and the Future*”, en New York en 1957.

Fue traducida del inglés al portugués por Paulo César Souza y al castellano por Miguel Ángel Arce.

S. Freud: Setenta años me enseñaron a aceptar la vida con serena humildad.

Quien habla es el profesor Sigmund Freud, el gran explorador del alma. El escenario de nuestra conversación fue en su casa de verano en Semmering, una montaña de los Alpes austríacos. Yo había visto el país del psicoanálisis por última vez en su modesta casa de la capital austríaca. Los pocos años transcurridos entre mi última visita y la actual, multiplicaron las arrugas de su frente. Intensificaron la palidez de sabio. Su rostro estaba tenso, como si sintiese dolor. Su mente estaba alerta, su espíritu firme, su cortesía impecable como siempre, pero un ligero impedimento en su habla me perturbó. Parece que un tumor maligno en el maxilar superior tuvo que ser operado. Desde entonces Freud usa una prótesis, lo cual es una constante irritación para él.

S. Freud: Detesto mi maxilar mecánico, porque la lucha con este aparato me consume mucha energía preciosa. Pero prefiero esto a no tener ningún maxilar. Aún así prefiero la existencia a la extinción. Tal vez los dioses sean gentiles con nosotros, tornándonos la vida más desagradable a medida que envejecemos. Por fin, la muerte nos parece menos intolerable que los fardos que cargamos.

(Freud se rehusa a admitir que el destino le reserva algo especial).

S. Freud: ¿Por qué (dice calmamente) debería yo esperar un tratamiento especial? La vejez, con sus arrugas, llega para todos. Yo no me revelo contra el orden universal. Finalmente, después de setenta años, tuve lo bastante para comer. Aprecié muchas cosas -en compañía de mi mujer, mis hijos- el calor del sol. Observé las plantas que crecen en primavera. De vez en cuando tuve una mano amiga para apretar. En otra ocasión encontré un ser humano que casi me comprendió. ¿Qué más puedo querer?

George Sylvester Viereck: El señor tiene una fama. Su obra prima influye en la literatura de cada país. Los hombres miran la vida y a sí mismos con otros ojos, por causa de este señor. Recientemente, en el septuagésimo aniversario, el mundo se unió para homenajearlo, con excepción de su propia universidad.

S. Freud: Si la Universidad de Viena me demostrase reconocimiento, me sentiría incómodo. No hay razón en aceptarme a mí o a mi obra porque tengo setenta años. Yo no atribuyo importancia insensata a los decimales. La fama llega cuando morimos y, francamente, lo que ven después no me interesa. No aspiro a la gloria póstuma. Mi virtud no es la modestia.

George Sylvester Viereck: ¿No significa nada el hecho de que su nombre va a perdurar?

S. Freud: Absolutamente nada, es lo mismo que perdure o que nada sea cierto. Estoy más bien preocupado por el destino de mis hijos. Espero que sus vidas no sean difíciles. No puedo ayudarlos mucho. La guerra prácticamente liquidó mis posesiones, lo que había adquirido durante mi vida. Pero me puedo dar por satisfecho. El trabajo es mi fortuna.

(Estábamos subiendo y descendiendo una pequeña elevación de tierra en el jardín de su casa. Freud acarició tiernamente un arbusto que florecía).

S. Freud: Estoy mucho más interesado en este capullo de lo que me pueda acontecer después de estar muerto.

George Sylvester Viereck: ¿Entonces, el señor es, al final, un profundo pesimista?

S. Freud: No, no lo soy. No permito que ninguna reflexión filosófica complique mi fluidez con las cosas simples de la vida.

George Sylvester Viereck: ¿Usted cree en la persistencia de la personalidad después de la muerte, de la forma que sea?

S. Freud: No pienso en eso. Todo lo que vive perece. ¿Por qué debería el hombre constituir una excepción?

George Sylvester Viereck: ¿Le gustaría retornar en alguna forma, ser rescatado del polvo? ¿Usted no tiene, en otras palabras, deseo de inmortalidad?

S. Freud: Sinceramente no. Si la gente reconoce los motivos egoístas detrás de la conducta humana, no tengo el más mínimo deseo de retornar a la vida; moviéndose en un círculo, sería siempre la misma. Más allá de eso, si el eterno retorno de las cosas, para usar la expresión de Nietzsche, nos dotase nuevamente de nuestra carnalidad y lo que involucra, ¿para qué serviría sin memoria?. No habría vínculo entre el pasado y el futuro. Por lo que me toca, estoy perfectamente satisfecho en saber que el eterno aborrecimiento de vivir finalmente pasará. Nuestra vida es necesariamente una serie de compromisos, una lucha interminable entre el ego y su ambiente. El deseo de prolongar la vida excesivamente me parece absurdo.

George Sylvester Viereck: Bernard Shaw sustenta que vivimos muy poco. Él encuentra que el hombre puede prolongar la vida si así lo desea, llevando su voluntad a actuar sobre las fuerzas de la evolución. Él cree que la humanidad puede recuperar la longevidad de los patriarcas.

S. Freud: Es posible que la muerte en sí no sea una necesidad biológica. Tal vez morimos porque deseamos morir. Así como el amor o el odio por una persona viven en nuestro pecho al mismo tiempo, así también toda la vida conjuga el deseo de la propia destrucción. Del mismo modo como un pequeño elástico tiende a asumir la forma original, así también toda materia viva, consciente o inconscientemente, busca readquirir la completa, la absoluta inercia de la existencia inorgánica. El impulso de vida o el impulso de muerte habitan lado a lado dentro nuestro. La muerte es la compañera del Amor. Ellos juntos rigen el mundo. Esto es lo que dice mi libro: “Más allá del principio del placer”. En el comienzo del psicoanálisis se suponía que el Amor tenía toda la importancia. Ahora sabemos que la Muerte es igualmente importante. Biológicamente, todo ser vivo, no importa cuán intensamente la vida arda dentro de él, ansía el Nirvana, la cesación de la “fiebre llamada vivir”. El deseo puede ser encubierto por digresiones, no obstante, el objetivo último de la vida es la propia extinción.

George Sylvester Viereck: Esto es la filosofía de la autodestrucción. Ella justifica el auto-extermínio. Llevaría lógicamente al suicidio universal imaginado por Eduard Von Hartmann.

S. Freud: La humanidad no escoge el suicidio porque la ley de su ser desaprueba la vía directa para su fin. La vida tiene que completar su ciclo de existencia. En todo ser normal, la pulsión de vida es fuerte, lo bastante para contrabalancear la pulsión de muerte, pero en el final, ésta resulta más fuerte. Podemos entretenernos con la fantasía de que la muerte nos llega por nuestra propia voluntad. Sería más posible que no pudiéramos vencer a la muerte porque en realidad ella es un aliado dentro de nosotros. En este sentido (añadió Freud con una sonrisa) puede ser justificado decir que toda muerte es un suicidio disfrazado. (Estaba haciendo frío en el jardín. Continuamos la conversación en el gabinete. Vi una pila de manuscritos sobre la mesa, con la caligrafía clara de Freud).

George Sylvester Viereck: ¿En qué está trabajando el señor Freud?

S. Freud: Estoy escribiendo una defensa del análisis lego, del psicoanálisis practicado por los legos. Los doctores quieren establecer al análisis ilegal para los no-médicos. La historia, esa vieja plagiadora, se repite después de cada descubrimiento. Los doctores combaten cada nueva verdad en el comienzo. Después procuran monopolizarla.

George Sylvester Viereck: ¿Usted tuvo mucho apoyo de los legos?

S. Freud: Algunos de mis mejores discípulos son legos.

George Sylvester Viereck: ¿El Señor Freud está practicando mucho psicoanálisis?

S. Freud: Ciertamente. En este momento estoy trabajando en un caso muy difícil, intentando desatar conflictos psíquicos de un interesante paciente nuevo. Mi hija también es psicoanalista como usted puede ver ... (En ese momento apareció Miss Anna Freud, acompañada por su paciente, un muchacho de once años de facciones inconfundiblemente anglosajonas)

George Sylvester Viereck: ¿Usted ya se analizó a sí mismo?

S. Freud: Ciertamente. El psicoanalista debe constantemente analizarse a sí mismo. Analizándonos a nosotros mismos, estamos más capacitados para analizar a otros. El psicoanalista es como un chivo expiatorio de los hebreos, los otros descargan sus pecados sobre él. El debe practicar su arte a la perfección para liberarse de los fardos cargados sobre él.

George Sylvester Viereck: Mi impresión es de que el psicoanálisis despierta en todos los que lo practican el espíritu de la caridad cristiana. Nada existe en la vida humana que el psicoanálisis no nos pueda hacer comprender. "*Tout comprendre c'est tout pardonner*".

S. Freud: Por el contrario (acusó Freud sus facciones asumiendo la severidad de un profeta hebreo), comprender todo no es perdonar todo. El análisis nos enseña apenas lo que podemos soportar, pero también lo que podemos evitar. El análisis nos dice lo que debe ser eliminado. La tolerancia con el mal no es de manera alguna corolario del conocimiento.

(Comprendí súbitamente por qué Freud había litigado con sus seguidores que lo habían abandonado, por qué él no perdona disentir del recto camino de la ortodoxia psicoanalítica. Su sentido de lo que es recto es herencia de sus ancestros. Una herencia de la que él se enorgullece como se enorgullece de su raza).

S. Freud: Mi lengua es el alemán. Mi cultura, mi realización, es alemana. Yo me considero un intelectual alemán, hasta que percibí el crecimiento del preconcepto antisemita en Alemania y en Austria. Desde entonces prefiero considerarme judío.

(Quedé algo desconcertado con esta observación. Me parecía que el espíritu de Freud debería vivir en las alturas más allá de cualquier preconcepto de razas, que él debería ser inmune a cualquier rencor personal. Pero debido precisamente a su indignación, a su honesta ira, se volvía más atrayente como ser humano. ¡Aquiles sería intolerable si no fuese por su talón!)

George Sylvester Viereck: ¡Me pone contento, *Herr* Profesor, de que también el señor tenga sus complejos, de que también el señor Freud demuestre que es un mortal!.

S. Freud: Nuestros complejos son la fuente de nuestra debilidad; pero con frecuencia, son también la fuente de nuestra fuerza.

George Sylvester Viereck: Imagino, observo, ¡cuáles serían mis complejos!

S. Freud: Un análisis serio dura más o menos un año. Puede durar igualmente dos o tres años. Usted está dedicando muchos años de su vida a la "caza de los leones". Usted procuró siempre a las personas destacadas de su generación: Roosevelt, El Emperador, Hindenburgh, Briand, Foch, Joffre, Georg Bernard Shaw....

George Sylvester Viereck: Es parte de mi trabajo.

S. Freud: Pero también es su preferencia. El gran hombre es un símbolo. Su búsqueda es la búsqueda de su corazón. Usted también está procurando al gran hombre para tomar el lugar de su padre. Es parte del complejo del padre. (Negué vehementemente la afirmación de Freud. Mientras tanto, reflexionando sobre eso, me parece que puede haber una verdad, no sospechada por mí, en su sugestión casual. Puede ser lo mismo que el impulso que me llevó a él).

George Sylvester Viereck: Me gustaría, observé después de un momento, poder quedarme aquí lo bastante para vislumbrar mi corazón a través de sus ojos. ¡Tal vez, como la Medusa, yo muriese de pavor al ver mi propia imagen! Aún cuando no confío en estar muy informado sobre psicoanálisis, frecuentemente anticiparía o tentaría anticipar sus intenciones.

S. Freud: La inteligencia en un paciente no es un impedimento. Por el contrario, muchas veces facilita el trabajo. (En este punto el maestro del psicoanálisis difiere bastante de sus seguidores, que no gustan mucho de la seguridad del paciente que tienen bajo su supervisión).

George Sylvester Viereck: A veces imagino si no seríamos más felices si supiésemos menos de los procesos que dan forma a nuestros pensamientos y emociones. El psicoanálisis le roba a la vida su último encanto, al relacionar cada sentimiento a su original grupo de complejos. No nos volvemos más alegres descubriendo que todos abrigamos al criminal o al animal.

S. Freud: ¿Qué objeción puede haber contra los animales? Yo prefiero la compañía de los animales a la compañía humana.

George Sylvester Viereck: ¿Por qué?

S. Freud: Porque son más simples. No sufren de una personalidad dividida, de la desintegración del ego, que resulta de la tentativa del hombre de adaptarse a los patrones de civilización demasiado elevados para su mecanismo intelectual y psíquico. El salvaje, como el animal es cruel, pero no tiene la maldad del hombre civilizado. La maldad es la venganza del hombre contra la sociedad, por las restricciones que ella impone. Las más desagradables características del hombre son generadas por ese ajuste precario a una civilización complicada. Es el resultado del conflicto entre nuestros instintos y nuestra cultura. Mucho más agradables son las emociones simples y directas de un perro, al mover su cola, o al ladrar expresando su displacer. Las emociones del perro (añadió Freud pensativamente), nos recuerdan a los héroes de la antigüedad. Tal vez sea esa la razón por la que inconscientemente damos a nuestros perros nombres de héroes como Aquiles o Héctor.

George Sylvester Viereck: Mi cachorro es un doberman Pinscher llamado Ajax.

S. Freud: (sonriendo) Me contenta saber que no pueda leer. ¡Él sería ciertamente, el miembro menos querido de la casa, si pudiese ladrar sus opiniones sobre los traumas psíquicos y el complejo de Edipo!

George Sylvester Viereck: Aún usted, profesor, sueña la existencia compleja por demás. En tanto me parece que el señor sea en parte responsable por las complejidades de la civilización moderna. Antes que usted inventase el psicoanálisis no sabíamos que nuestra personalidad es dominada por una hueste beligerante de complejos cuestionables. El psicoanálisis vuelve a la vida como un rompecabezas complicado.

S. Freud: De ninguna manera. El psicoanálisis vuelve a la vida más simple. Adquirimos una nueva síntesis después del análisis. El psicoanálisis reordena el enmarañado de impulsos dispersos, procura enrollarlos en torno a su carretel.

O, modificando la metáfora, el psicoanálisis suministra el hilo que conduce a la persona fuera del laberinto de su propio inconsciente.

George Sylvester Viereck: Al menos en la superficie, pues la vida humana nunca fue más compleja. Cada día una nueva idea propuesta por usted o por sus discípulos, vuelven un problema de la conducta humana más intrigante y más contradictorio.

S. Freud: El psicoanálisis, por lo menos, jamás cierra la puerta a una nueva verdad.

George Sylvester Viereck: Algunos de sus discípulos, más ortodoxos que usted, se apegan a cada pronunciamiento que sale de su boca.

S. Freud: La vida cambia. El psicoanálisis también cambia. Estamos apenas en el comienzo de una nueva ciencia.

George Sylvester Viereck: La estructura científica que usted levanta me parece ser mucho más elaborada. Sus fundamentos -la teoría del "desplazamiento", de la "sexualidad infantil", de los "simbolismos de los sueños", etc.- parecen permanentes.

S. Freud: Yo repito, pues, que estamos apenas en el inicio. Yo apenas soy un iniciador. Conseguí desenterrar monumentos enterrados en los substratos de la mente. Pero allí donde yo descubrí algunos templos, otros podrán descubrir continentes.

George Sylvester Viereck: ¿Usted siempre pone el énfasis sobre todo en el sexo?

S. Freud: Respondo con las palabras de su propio poeta, Walt Whitman: "Más todo faltaría si faltase el sexo" (*Yet all were lacking, if sex were lacking*). Mientras tanto, ya le expliqué que ahora pongo el énfasis casi igual en aquello que está "más allá" del placer -la muerte, la negociación de la vida. ¡Este deseo explica por qué algunos hombres aman al dolor como un paso para el aniquilamiento! Explica por qué los poetas agradecen a:

*Whatever gods there be,
That no life lives forever
And even the weariest river
Wind somewhere safe to sea.*

"Cualesquiera dioses que existan
Que la vida ninguna viva para siempre
Que los muertos jamás se levanten
Y también el río más cansado
Desagüe tranquilo en el mar"

George Sylvester Viereck: Shaw, como usted, no desea vivir para siempre, pero a diferencia de usted, él considera al sexo carente de interés.

S. Freud: (Sonriendo) Shaw no comprende al sexo. El no tiene ni la más remota concepción del amor. No hay un verdadero caso amoroso en ninguna de sus piezas. Él hace humoradas del amor de Julio César -tal vez la mayor pasión de la historia. Deliberadamente, tal vez maliciosamente, él despoja a Cleopatra de toda grandeza, relegándola a una simple e insignificante muchacha. La razón para la extraña actitud de Shaw frente al amor, por su negación del móvil de todas las cosas humanas que emanan de sus piezas, el clamor universal, a pesar de su enorme alcance intelectual, es inherente a su psicología. En uno de sus prefacios, él mismo enfatiza el rasgo ascético de su temperamento. Yo puedo estar errado en muchas cosas, pero estoy seguro de que no erré al enfatizar la importancia del instinto sexual. Por ser tan fuerte, choca siempre con las convenciones y salvaguardas de la civilización. La humanidad, en una especie de autodefensa procura su propia importancia. Si usted raspa a un ruso, dice el proverbio, aparece el tártaro

sobre la piel. Analice cualquier emoción humana, no importa cuán distante esté de la esfera de la sexualidad, y usted encontrará ese impulso primordial al cual la propia vida debe su perpetuidad.

George Sylvester Viereck: Usted, sin duda, fue bien seguido al transmitir ese punto de vista a los escritores modernos. El psicoanálisis dio nuevas intensidades a la literatura.

S. Freud: También recibí mucho de la literatura y la filosofía. Nietzsche fue uno de los primeros psicoanalistas. Es sorprendente ver hasta qué punto su intuición preanuncia las novedades descubiertas. Ninguno se percató más profundamente de los motivos duales de la conducta humana, y de la insistencia del principio del placer en predominar indefinidamente que él. En Zaratustra dice: "El dolor grita: ¡Va! Pero el placer quiere eternidad Pura, profundamente eternidad". El psicoanálisis puede ser menos discutido en Austria y en Alemania que en los Estados Unidos, su influencia en la literatura es inmensa por lo tanto. Thomas Mann y Hugo Von Hofmannsthal mucho nos deben a nosotros. Schnitzler recorre un sendero que es, en gran medida, paralela a mi propio desarrollo. El expresa poéticamente lo que yo intento comunicar científicamente. Pero el Dr. Schnitzler no es solo un poeta, es también un científico.

George Sylvester Viereck: Usted no sólo es un científico, también es un poeta. La literatura americana está impregnada de psicoanálisis. Hupert Hughes, Harvrey O'Higgins y otros, son sus intérpretes. Es casi imposible abrir una nueva novela sin encontrar alguna referencia al psicoanálisis. Entre los dramaturgos Eugene O'Neill y Sydney Howard tienen una gran deuda con usted. "The Silver Cord" por ejemplo, es simplemente una dramatización del complejo de Edipo.

S. Freud: Yo sé y entiendo el cumplido que hay en esa afirmación. Pero, tengo cierta desconfianza de mi popularidad en los Estados Unidos. El interés americano por el psicoanálisis no se profundiza. La popularización lo lleva a la aceptación sin que se lo estudie seriamente. Las personas apenas repiten las frases que aprenden en el teatro o en las revistas. Creen comprender algo del psicoanálisis porque juegan con su *argot*. Yo prefiero la ocupación intensa con el psicoanálisis, tal como ocurre en los centros europeos, aunque Estados Unidos fue el primer país en reconocerme oficialmente.

La Clark University me concedió un diploma honorario cuando yo siempre fui ignorado en Europa. Mientras tanto, Estados Unidos hace pocas contribuciones originales al psicoanálisis.

Los americanos son jugadores inteligentes, raramente pensadores creativos. Los médicos en los Estados Unidos, y ocasionalmente también en Europa, tratan de monopolizar para sí al psicoanálisis. Pero sería un peligro para el psicoanálisis dejarlo exclusivamente en manos de los médicos, pues una formación estrictamente médica es con frecuencia, un impedimento para el psicoanálisis. Es siempre un impedimento cuando ciertas concepciones científicas tradicionales están arraigadas en el cerebro.

¡Freud tiene que decir la verdad a cualquier precio!. El no puede obligarse a sí mismo a agradar a Estados Unidos donde están la mayoría de sus seguidores. A pesar de su rudeza, Freud es la urbanidad en persona. Él oye pacientemente cada intervención, procurando nunca intimidar al entrevistador. ¡Raro es el visitante que se aleja de su presencia sin un presente, alguna señal de hospitalidad!

Había oscurecido. Era tiempo de tomar el tren de vuelta a la ciudad que una vez cobijara el esplendor imperial de los Habsburgos. Acompañado de su esposa y de su hija, Freud desciende los escalones que lo alejan de su refugio en la montaña a la calle para verme partir. Él me pareció cansado y triste al darme el adiós. "No me haga parecer un pesimista", dice Freud después de un apretón de manos. Yo no tengo desprecio por el mundo.

Expresar desdén por el mundo es apenas otra forma de cortejarlo, de ganar audiencia y aplauso.

¡No, yo no soy un pesimista, en tanto tenga a mis hijos, mi mujer y mis flores!
No soy infeliz, al menos no más infeliz que otros".

El silbato de mi tren sonó en la noche. El automóvil me conducía rápidamente para la estación. Apenas logro ver ligeramente curvado y la cabeza grisácea de Sigmund Freud que desaparecen en la distancia...

Notas

1- Año1926. Publicada en New York en 1957.

2- Periodista del "*Journal of Psychology*".

Entrevista al Dr. Sigmund Freud

Éxitos terapéuticos del Psicoanálisis [*]

Por Rosa Ligouri

Corresponde atribuir el rescate de este precioso material a la Revista Internacional de Historia del Psicoanálisis, fundada y dirigida por Alain de Mijolla. Es sobre la base de esta reedición francesa que presentamos la entrevista a Sigmund Freud aparecida en 1933 en Viena.

Esta entrevista, recuperada por Eckart Früh [1], fue publicada el 14 de agosto de 1933 (*Neue Freie Presse*, n° 24397, p.21) bajo el título "Las neurosis, enfermedades de época". ¿Qué éxitos terapéuticos permite el psicoanálisis?" Por el Prof. Sigmund Freud (extractos de una conversación)". La entrevista esta firmada "N.B." En una carta (del 30 de noviembre de 1989) Eckart Früh recordaba que en mayo de 1933 se había festejado el 10° aniversario del dispensario vienes de psicoanálisis (el *Psychoanalytisches Ambulatorium* dirigido por Eduard Hitschmann).

Aquel que tiene el honor de entrevistar al Prof. Dr. Freud está fascinado por la extrema tensión intelectual, por la formidable concentración que emanan de este gran sabio que el mundo venera como el inmortal fundador y maestro del psicoanálisis.

Pregunta: ¿En qué consisten las conquistas y posibilidades inmediatas del psicoanálisis?, le pregunté a Sigmund Freud.

Sigmund Freud: "En la terapia de las neurosis y de ciertas psicosis, en ciertos casos de modificación fundamental del carácter, e incluso en ciertas formas de clivajes de conciencia *Bewutseinspaltung* (esquizofrenia)", responde Freud, "los éxitos del psicoanálisis son indiscutibles." Pero sobre todo la impregnación progresiva de la conciencia por el psicoanálisis tiene una importancia fundamental. Se pueden curar tanto problemas psíquicos como disfunciones orgánicas partiendo de los síntomas. Porque todas las manifestaciones del individuo, por ínfimas a incoherentes que parezcan, son síntomas determinados por las causas de su estado y de su enfermedad psíquica.

Pregunta: ¿El psicoanálisis no ha ampliado el campo de las leyes del determinismo hasta las modificaciones más finas de la existencia?

Sigmund Freud: En psicoanálisis se trata menos de explicar el sueño en sí mismo que de desenmascararlo como síntoma y de formar un diagnóstico gracias al sueño. Como es sabido; el enfermo encuentra en el transcurso del análisis la vía que lo reconduce hacia sí mismo.

Se trata de conocer las causas reales de nuestros conflictos, pero también las de los conflictos entre comunidades y pueblos.

Pregunta: Teniendo en cuenta la duración y el costo de un tratamiento, ¿no se podría decir que un muy escaso número de enfermos puede acceder al beneficio de un tratamiento psicoanalítico?

Sigmund Freud: Ciertamente, hay numerosos límites del tratamiento psicoanalítico. Primero que nada las alteraciones orgánicas, pero también el límite de edad, ya que el psiquismo de un hombre que ha pasado sus cincuenta años deviene relativamente coriáceo. En ese caso el material psíquico acumulado a explorar es demasiado para ser abarcado. El tratamiento es, entonces, desde un cierto punto de vista proporcional a la edad; y el problema deviene, con los años, casi insoluble.

La enfermedad como medio de autodefensa

Pregunta: ¿Y la aplastante mayoría de enfermos, los pobres?

Sigmund Freud: Con respecto a los pobres -es realmente triste y espero que no se quiera interpretar mi comentario como cínico -, para los pobres las neurosis no significan solamente una enfermedad, sino también uno de los elementos de la autodefensa en la lucha por la existencia. Hemos tenido muchas veces la experiencia, cuando ejercíamos gratuitamente, de comprobar que los pobres no querían dejarse liberar de su sufrimiento hasta tanto no sobreviniera un cambio en su situación material. Y esto es muy comprensible, ya que deben frecuentemente a su enfermedad ciertas consideraciones que no podrían esperar, en su posición social, de estar sanos. Todos nuestros esfuerzos se dirigen a adquirir y ampliar conocimientos sobre las funciones psíquicas estandarizadas y a preservar, gracias a una profilaxis generalizada, la constitución desde la infancia de los impulsos y fobias reprimidas.

Higiene mental

Pregunta: ¿No hay un cierto peligro de perturbar el desarrollo normal del niño con esta profilaxis?

Sigmund Freud: Una higiene mental que sepa prevenir es, sobre todo durante estos años de crecimiento, tan saludable como la higiene corporal. Incluso en el caso del tratamiento de un niño tan neurótico como Juanito, que he descrito en detalle, la intervención psicoanalítica ha ejercido una influencia favorable sobre su desarrollo psíquico, sin dejar marcas visibles en su recuerdo. Pude convencerme de ello cuando reencontré a Juanito a sus diecinueve años, catorce años más tarde.

Pregunta: ¿Cómo se evita lo arbitrario en la interpretación de recuerdos, asociaciones de ideas, sueños, y de manera general, en todo el tratamiento psicoanalítico?

Sigmund Freud: Las variantes de las formas de manifestación que puede tomar un impulso reprimido en figuras libidinales son infinitas, y las sublimaciones de este impulso engloban, por así decir, la totalidad de las aspiraciones humanas. Se trata para nosotros, como en el caso del sueño, menos de una explicación de una dogmática casuística que de tratar síntomas. El método psicoanalítico es esencialmente dinámico; tenemos en cuenta la gran fineza, de las metamorfosis ininterrumpidas de la libido. De allí resulta el problema candente que yo llamo "transferencia". Una represión de los impulsos cuyo origen el análisis todavía no pudo aclarar. Se trata de efectos siempre prontos a adaptarse, a transformarse según las circunstancias y, en el caso del tratamiento psicoanalítico, a transferirse sobre el médico. La complejidad y la variabilidad de estos factores imponen al médico la necesidad de un control extremadamente estricto de sus investigaciones, en las que lo arbitrario se toma en cuenta.

Pregunta: ¿En qué medida contribuye la crisis mundial al desarrollo de las neurosis, a esta "angustia sexual" frecuentemente evocada?

Sigmund Freud: No soy el autor de esa expresión, que se ha transformado en un slogan que generalmente se atribuye al psicoanálisis. En mi opinión, la "angustia sexual" se atenuó en nuestro continente gracias a la mayor libertad de hábitos desde la guerra. Pero si por un lado hay menos neurosis suscitadas por la represión de los instintos, se constata por otro un recrudecimiento de las neurosis de todo tipo, causadas por la licencia de los instintos. La aspiración de las masas decepcionadas y desanimadas a lo desconocido, a la "aventura" explica muy bien estas neurosis. El psicoanálisis aporta tanta claridad saludable como la elucidación de ciertas leyes económicas. Vuelve capaces a los hombres que sufren de una mayor resistencia al develarles las causas objetivas de su situación, conteniendo de este modo el miedo torturante de un golpe de suerte o de una "mala suerte" personal.

Notas

* Esta Entrevista fue publicada en *El Blog de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, el 13/03/06, por Rosa Ligouri (Madrid).

1- Eckart Früh, especialista erudito de la cultura y literatura vienesas, reencontró hojeando el diario *Neue Freie Presse* una entrevista a S. Freud, publicada el 14 de agosto de 1933, de la cual aparentemente se había perdido el rastro.

El interés de este documento es aún mayor ya que, como se sabe, Freud no acordó muchas entrevistas a lo largo de su vida. Se conoce por ejemplo la larga conversación con George Silvester Viereck, del verano de 1926, que trata del sentido y del valor de la vida. Se recuerda también la extravagante Entrevista al Prof. Freud en Viena, por André Breton, testimonio de una decepción y de un malentendido.

La *Neue Freie Presse*, recuerda Eckart Früh, había hablado frecuentemente de Freud y del psicoanálisis en términos elogiosos, desde el artículo de Alfred von Berger, Cirugía del alma (*Seelenchirurgie*), del 2 de diciembre de 1895. Durante los años 20 Stefan Zweig y Alfred von Winterstein publicaron regularmente ecos respetuosos de las actividades del movimiento psicoanalítico y de las publicaciones de Freud. Muchos extractos de los textos de Freud fueron incluso retornados por la *Neue Freie Presse*: Publicado según versión aparecida en *La Revue de Histoire de la Psychoanalyse* La traducción más acertada de la expresión "détresse sexuelle" es "angustia sexual", con la aclaración de que se trata de una angustia leve, incierta, cuyas causas están en relación a valores de tipo moral. *Sexuelle Not*. Se puede ver en esta pregunta del colaborador de la *Neue Freie Presse* una alusión al libro de Fritz Wittels, *Die sexuelle Not*, Viena-Leipzig, C. W. Stern, 1909

Freud y la guerra [*]

Entrevista con Eugénie Lemoine-Luccioni

Por Marlène Bélios

La relación de Freud con la guerra y los grandes hombres de su época (Romain Rolland, Einstein, Wilson) le permite a Eugénie Lemoine-Luccioni analizar las manifestaciones de la pulsión de muerte en la actualidad. Desde su inicial fascinación por la guerra de 1914 en la que se enrolaron sus tres hijos -cuando dice: "Hago entrega de mi libido a Austria-Hungría"-, a la escritura de *El malestar en la cultura*, hasta su exilio en Londres, la autora sitúa cómo la guerra estaba en el centro del pensamiento de Freud, porque es la "explosión de la pulsión de muerte" en la lucha entre los hermanos, fundada en la rivalidad respecto del padre. La profunda verdad que descubrió Freud es que el odio es inseparable del amor.

Freud adivinó la estrecha relación entre el avance tecnológico y la autodestrucción del hombre. Así fue cuando preguntó a uno de esos grandes hombres, Einstein, qué iba a hacer con su descubrimiento de la materia y la energía, es decir "el secreto de lo que mantiene todo junto", descubrimiento que fue la base de la bomba atómica. La segregación y la pulsión de muerte como manifestaciones de lo real son el objeto de este trabajo.

Esta entrevista es la transcripción de una emisión propuesta por Marlene Bélios, difundida en la radio suiza de lengua francesa, en abril de 1998. La publicamos en ocasión del Coloquio Gennie Lemoine que se llevó a cabo el domingo 5 de Marzo de 2006 en París en su memoria.

-Hablaremos de la guerra y del psicoanálisis, de Freud y de Lacan. En lo que concierne a Freud, estoy impresionada por una declaración que él hace al comienzo de la guerra de 1914: "Hago entrega de mi libido a Austria-Hungría." Sus tres hijos son enrolados en la guerra. Freud vive la guerra con una especie de febrilidad, participa de las victorias, piensa que Austria-Hungría va a ganar.

Eugénie Lemoine-Luccioni -Sí, es una declaración sorprendente. Reconozco que la abordo con precaución. Freud ha estado muy preocupado, incluso apasionado, por la cuestión de la guerra, la de 1914-1918 por cierto. También estará absolutamente preocupado por los primeros ruidos de la futura guerra de 1940-1945 y por la cuestión del antisemitismo.

Pero creo que si ha estado tan preocupado por la guerra, al punto de decir: "Entrego mi libido a Austria-Hungría", es a causa del país que fue suyo, es decir su tierra y que sólo abandonará con mucha dificultad para exilarse en Londres. Hay una cuestión, que por cierto puede ser desconocida referente a esto, que es que este problema de la guerra confluía en un nivel muy profundo con su trabajo de psicoanalista, de erudito y de filósofo conmocionando todo el pensamiento moderno.

-Antes de abordar el tema en profundidad, encontramos esta relación que Freud va a sostener con los grandes de su siglo. Es Romain Rolland, es Einstein y es Wilson. ¿Porqué estas correspondencias? ¿Qué espera Freud de estos encuentros?

E. L.-L - Estos acontecimientos dramáticos coincidieron hasta tal punto con sus preocupaciones profundas, que él deseó encontrarse con los grandes hombres que fueron en algún momento sus amigos, como Romain Rolland, y

quizás pensaba que esos grandes hombres que él admiraba, entre los cuales uno era científico, le iban a aportar una respuesta que le concerniría.

Sabemos que estaba muy ligado a Romain Rolland. Ha tenido por él, a lo largo de toda su vida, una gran veneración. Romain Rolland no le aportó gran cosa sobre la perspectiva de saber dónde se enraíza la guerra en nuestra psique profunda y Einstein no le respondió absolutamente nada. Este deseo de encuentro por parte de Freud, prueba que él ha trabajado para eso, ya que era toda su obra la que encontraba allí como un alimento, como la chispa que enciende la mecha. La guerra está en el centro de su vida de inventor del psicoanálisis, porque toca a la pulsión de muerte. Con Wilson, se ocupó de lo que debió haber sido su contrario, la paz -allí, es la derrota del superyó y de su ideal.

Con *El malestar en la cultura*, Freud pone en evidencia el hecho de que la cultura trabaja para la destrucción del hombre. Hoy, esto sigue siendo una evidencia que no es soportable. Es sin embargo un hecho que los descubrimientos tecnológicos trabajan para la destrucción del hombre, al mismo tiempo que para su salvación temporal.

Estos tres temas freudianos, entre los principales de su doctrina, están fuertemente articulados a lo que pasa en el mundo en esta época, a partir de 1919. Finalmente, esto toca un punto muy sensible, que son los celos fraternos, que se fundan sobre la rivalidad con respecto al padre, fuente de todas las tensiones agresivas.

Con la historia de san Agustín, Lacan ha ido más lejos. Explica en efecto que si san Agustín está tomado por un violento deseo de muerte, que lo aterroriza a él mismo, viendo a su hermano de leche pegado al seno de su nodriza, es que ese seno, es él. No se ha desprendido aún de esta masa indiferenciada que el niño forma con su madre nutricia.
- *¿Se pueden hacer analogías entre los individuos y las naciones?*

E.L.-L. - Freud piensa efectivamente que se pueden hacer analogías, quizás homologías, pero jamás ha empujado más lejos su investigación teórica sobre este tema, y él lo dice. No le interesa demasiado saber cómo y por qué. No está de acuerdo con los arquetipos prometidos por Jung para explicar un inconciente colectivo. Lo que constata es que se trata siempre de historias de dobles. Los dos hermanos son dobles, tienen el mismo padre y la misma madre, se los disputan. Dos naciones son dobles, se disputan la misma tierra, el mismo petróleo, el mismo golfo, los mismos intereses económicos, la misma predominancia sobre los vecinos, y sobre todo el mismo cielo. Es un hecho, ha devenido un hecho y Freud ha vivido esta especie de fenómeno difícilmente explicable, de acontecimientos que nutren su teoría, que han venido a alimentarla, a fecundarla.

- *En su correspondencia con Romain Rolland, Freud escribe: "Usted es el apóstol del amor de los hombres." Al mismo tiempo, parece ajeno al pensamiento de Romain Rolland; dice también: "Estoy tan cerrado a la mística como a la música."*

E.L.-L. - La no-respuesta que Freud ha encontrado de estos hombres es sorprendente y muy preciosa para nosotros. No es tanto que Freud haya estado cerrado a la música, sabemos bien que había cerrado el piano de su mujer, pero por el contrario era muy escéptico respecto del "sentimiento oceánico" tal como Romain Rolland lo entendía, como una especie de acuerdo de todos los seres, como una lengua que podía hacer lazo. Pienso que Freud estaba convencido de la profunda ambivalencia de los sentimientos humanos. Escribió un texto definitivo sobre la ambivalencia de las palabras primitivas. Para él, no hay amor sin odio. La profunda verdad de Freud, es haber descubierto que no hay amor sin odio y sin duda, no hay odio sin amor. Los celos fraternos de los que hemos hablado son justamente eso: dos hermanos se aman, pero no pueden amarse sin odiarse. El amor, si no está sublimado, hace que uno destruya al otro. Lacan dirá que la castración simbólica es una necesidad.

- *El "sentimiento oceánico" de Romain Rolland es lo que inspira a Freud El malestar en la cultura.*

E.L.-L. - El sentimiento oceánico, es probablemente un sentimiento místico de felicidad total y de pérdida en una especie de unidad total. Para Freud, esto no es más que un sueño místico, por no decir una forma de delirio. Para él, lo que está en el fundamento de la cultura, es la destrucción del hombre. La historia moderna de la ciencia, los descubrimientos extraordinarios de la tecnología le han dado la razón a Freud al punto de inquietarnos a todos. Que sea posible, por ejemplo, engendrar los recién nacidos por desdoblamiento del mismo es absolutamente horroroso. En cuanto a la bomba atómica, Freud no la conoció, pero cuando le escribe a Einstein es para saber qué iba a hacer

con su descubrimiento de la materia y de la energía. Porque si se descubre el secreto de lo que permite mantener todo junto, quizás se descubra el secreto de lo que permanece junto.

- Freud se desilusiona rápidamente en lo que concierne a la guerra. Le escribe a sus amigos que está muy decepcionado por lo que pasa y que teme por la humanidad. No creyó por mucho tiempo en las victorias de Austria-Hungría.

E.L.-L. - Freud encontró muy rápido su verdadera posición respecto de la guerra. Percibió bien que ella era la más grande explosión de la pulsión de muerte que podía producirse. Era el resultado de una potente represión que no dejó a las pulsiones esenciales manifestarse. Por ello, estas últimas no han pasado a las costumbres, al lenguaje. Es un hecho, que ha habido siglos de retención y las guerras pueden ser consideradas en esta perspectiva, como explosiones que son manifestaciones de la pulsión de muerte.

- La pulsión de muerte, es el objeto de la segunda tópica de Freud.

E.L.-L. - Hay un gran viraje en el pensamiento de Freud. Partió de una primera tópica: lo inconciente, lo subconciente, lo preconciente, lo conciente, después del famoso sueño de "la inyección de Irma", por lo cual decía que deseaba que se escribiera sobre su tumba: "Aquí yace el inventor de la interpretación de los sueños, y de la inyección hecha a Irma". Hizo muchas otras cosas, pero en esto sabía que había tomado un giro decisivo.

Reemplazó esta primera serie por otra: el ello, el yo, el superyó, el ideal del yo. Es muy importante. El ello, es lo que soñamos ser, lo que Lacan designará como lo real, lo imposible de colmar, lo imposible de decir, de simbolizar, que se acumula y que negamos: "No, yo no soy eso." Es lo que alimenta al inconciente. Encontró todo esto en un sueño de la garganta de la pobrecita Irma que tenía una angina. En el sueño, la examina y ¿qué ve? Las profundidades blanquecinas, las mucosas inflamadas, cosas horribles como cabezas de medusa que abren la boca y gritan. Es horroroso! Concluye que es la muerte, o el sexo. Pero es también lo que no puede pasar la barra del inconciente y es lo que alimenta las guerras y otras calamidades del mundo.

- ¿Se puede decir que esto ha sido inspirado por el contexto histórico y social de la época?

E.L.-L. - De ningún modo, ya hay allí un encuentro. Ya lo había pensado, llega allí al término de una reflexión. Yo digo que el fuego fue puesto sobre la mecha, que eso fue determinante. Por otra parte, Freud era de un pesimismo total. He escuchado decir a Lacan que se le reprochaba ser pesimista, pero que al lado de Freud, él era más bien optimista. En efecto, ha pregonado el significante, el objeto *a*, todas cosas que salvan de la desesperación. Finalmente, para Lacan, el sujeto mismo puede hacer algo. Con Freud, es a pesar de todo, menos alegre.

- Es difícil, sin embargo, hablar de Freud y de la guerra sin anunciar que Freud era judío. ¿Cómo ha sido él mismo marcado por esta cuestión?

E.L.-L. - A juzgar por el fervor que ha experimentado en los primeros tiempos de la entrada en guerra de Austria-Hungría, se observa bien que lamentaba que los judíos no fueran de esos pueblos que parten a la guerra por una causa común, que participan de la vida de las naciones. Ciertamente, él era judío, de ningún modo lo negó. Pero no era religioso, no practicaba.

- Incluso decía que era un Judío ateo.

E.L.-L. - Era un Judío ateo así como muchos cristianos son católicos ateos. No olvidemos que Freud ha favorecido el acercamiento de Jung con su propio movimiento analítico justamente para no otorgar la marca judía a su movimiento. Es decir que no quería que los Judíos permanecieran aparte. Su fervor respecto de Austria-Hungría y su manera de ser reservado frente a los judíos, que vivían entre judíos, es decir siempre en exilio; eso no le impedirá partir en exilio, gracias por otra parte a Marie Bonaparte, y de encontrarse finalmente en Londres donde permanecerá un año. El exilio le será duro ya que se había enraizado allí, y escribe un maravilloso alemán ¿no es cierto?

- *La intervención que hace en la sala judía Bnai Brith se titula "Nosotros y la muerte". Allí considera que los Judíos podrían estar en mejores condiciones de comprender esta cuestión de la muerte.*

E.L.-L. - Si, porque el exilio es ya una forma de muerte para Freud. El exilio representa para él la separación de los hermanos, es decir la humanidad. Esto no es una especificidad judía, porque lo encontramos en los Griegos. Antígona, por ejemplo, quiere enterrar a su hermano para reintegrarlo a la tierra de la ciudad, para que el linaje de los Labdacides no sea más condenado a los ojos del mundo. Los Judíos no están condenados, pero se han apartado.
- *La correspondencia entre Freud y Einstein se hace bajo la égida de la Sociedad de las Naciones. Einstein interroga a Freud sobre el fundamento de la guerra.*

E.L.-L. - Einstein tendió las bases de lo que más tarde iba a dar nacimiento a la bomba atómica sin la menor implicación subjetiva. El hombre de ciencia escotomiza al sujeto. A la inversa, Freud sabe que esta potencia de destrucción está en el corazón del hombre mismo. Y esta pulsión de muerte, esencial en el hombre, no sólo no hay que escotomizarla, sino que se trata para Freud de hablarla, de decirla, a fin de extraerla lo más posible, para hacer algo con ella, e impedir que produzca estragos. Es la verdadera razón de *El malestar en la cultura*, que es una advertencia. Para Freud, es mejor que el hombre sepa. Es de eso mismo que están hechas las grandes obras literarias o filosóficas de la humanidad que, por esta función de sublimación, se encuentran en beneficio de lo humano y no conducen a su destrucción.

Lo que Freud señala en Wilson, es el hijo educado por su padre con la idea de que debe ser excelente, el mejor, incluso si es un alumno mediocre, enfermo, feo. Es necesario que sea excelente en todo, y que gane en todos los planos, y que sea perfecto moralmente. Pero todo esto es muy abstracto; no se lo modela así y Freud lo dice.

- *Romain Rolland, Einstein, Wilson: tres grandes hombres con los cuales Freud estará en contacto de manera muy diferente.*

E.L.-L. - Ama a Romain Rolland como un padre espiritual. Es un gran pensador, un gran humanista. No se puede decir lo mismo de Wilson, ni de Einstein, aunque no tenga rabia contra Einstein, pero con Wilson, sí.

Freud se encuentra entonces en un relación muy particular con cada uno de estos grandes hombres y esta relación se vincula con todos los elementos de la doctrina psicoanalítica que ha elaborado. Estos hombres son mitos, viven en el mundo de los ideales, han tenido padres ideales. No olvide que el psicoanálisis, es la resolución del Edipo. Freud luchaba él mismo contra su Edipo. Finalmente fue necesario que lo liquide. Por este descubrimiento que hizo, de que todos estamos guiados por el inconsciente, arrasó el superyó, lo que podemos aislar de paranoia, de sistema paranoico, no patológico, que caracteriza a todos los grandes hombres incluidos los contemporáneos.

¿Cuándo dejaremos de necesitar a los grandes hombres? Es la pregunta que me hago en *La Historia al Revés* [1], una pregunta que no está cerca de ser perimida, temo que se planteará aún por largo tiempo. ¿Acaso hoy día funcionamos de otro modo? Freud escribe en *Moisés y el monoteísmo*: "Despojar a un pueblo del hombre al que celebra como el más grande de sus hijos, es una empresa imposible." Los pueblos, en todos los mitos de todos los países, de todas las edades de la humanidad, quieren tener en su origen, como fundador, un gran hombre. Es un mito, es una leyenda, que probablemente jamás ha tenido, en el modelo de su pequeña familia. Es un defecto de la humanidad, una manera de contarse las historias.

- *Usted es escritora y psicoanalista. Creo saber que a usted no le gusta ser presentada como psicoanalista.*

E.L.-L. - Detesto por completo declarar "Soy psicoanalista." Psicoanalista no se confunde con un título de trabajo, una denominación de función. Pienso que los italianos tienen una lengua más apropiada que la nuestra, en la medida en que dicen: "yo hago de panadero."

Traducción: *Silvia Salman*

Notas

* Este texto fue publicado en *La Cause freudienne* N° 62, *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, París, Navarin Editeur, marzo 2006.

1- Léoine-Luccioni E., *La Historia al revés. Para una práctica del psicoanálisis*, Ediciones "Des Femmes", colección Psicoanálisis, enero 1993.

El país entrevista a Judith Miller en Madrid [*]

Por A. Intxausti

Judith Miller, hija de Jacques Lacan (París, 1901-1981) -figura clave del psicoanálisis y del pensamiento del pasado siglo-, participó ayer en Madrid en las jornadas que sobre Sigmund Freud se celebran hasta el día 11 en el Círculo de Bellas Artes. La filósofa y presidenta de la Fundación del Campo Freudiano pronunció una conferencia en la que analizaba La cosa freudiana de Jacques Lacan.

“Es formidable celebrar el 150º aniversario del nacimiento de Freud por los efectos fantásticos que ha tenido su influencia en el mundo. En nuestra sociedad desarrollada y en el contexto de la mundialización sentimos un profundo malestar. Todo el mundo pretende y tiene derecho a conseguir la felicidad y esta idea de la felicidad, según nos demostró Freud, es una ilusión, es lo que deseamos, pero es imposible, porque somos seres hablantes que no estamos en armonía con nosotros mismos, con el resto de los seres humanos y con las referencias ideales y objetivos de la cultura aunque estamos deseando realizarlos”, señaló Miller, quien recordó que su padre consagró su vida a “restituir el núcleo del descubrimiento freudiano, un descubrimiento absolutamente actual”.

La filósofa habla de la sociedad de consumo y dice que:

“ésta no produce más felicidad en el individuo. En ocasiones, le hace sufrir y ello le resulta difícil de soportar. El sujeto tiene que identificar su propio deseo y conseguir sostenerlo sin sufrir, sin chocar con la sociedad a la que se tiene que enfrentar”.

Lacan promovió un retorno a Freud y aportó una formulación teórica para superar el rechazo que produjo en determinados momentos el pensamiento freudiano. Entendió que la posición del psicoanalista no es sólo la que le corresponde como clínico, sino que debe seguir atento a los modos en los que se manifiesta el malestar de la cultura.

“El retorno a Lacan y a Freud es fundamental y hoy estamos en un momento donde esta vuelta es necesaria para el individuo. El psicoanálisis debe responder a preguntas nuevas que vayan en consonancia con los nuevos síntomas de la época”. Miller pone como ejemplo el caso francés y dice que hay que dar respuesta a problemas como las revueltas de jóvenes emigrantes en los barrios periféricos de las grandes ciudades francesas o las manifestaciones de protesta de los jóvenes contra la ley de empleo propuesta por el Gobierno de Villepin. “Son problemas que van surgiendo en las sociedades de consumo y tienen que tener una respuesta por parte de los analistas”.

La hija de Lacan desconoce si la gente acude hoy más que hace unos años al psicoanalista, pero reconoce que el tratamiento debe tener fin y “el momento en el que debe finalizar es diferente para cada individuo. Es necesario saber cuáles son las causas del sufrimiento, porque la desaparición de los síntomas no es suficiente para la desaparición del problema”.

Judith Miller recuerda las teorías de Lacan sobre las respuestas que ha de tener el individuo a sus problemas, “respuestas que tienen que ser individualizadas porque cada sujeto va en busca de su verdad y no de una verdad estandarizada”. La presidenta de la Fundación del Campo Freudiano, creada por Lacan en 1979, sostiene que el objetivo fundamental de la cura analítica es que el sujeto pueda “identificar su propio deseo y consiga sostenerlo sin sufrir y sin que ello provoque un choque con la sociedad en la que se encuentra inmerso”.

Las conferencias del Círculo de Bellas Artes sobre Freud arqueólogo irán acompañadas de un ciclo de cine en el que se exhibirán películas relacionadas con el padre del psicoanálisis dirigidas por John Huston, Luis Buñuel, David Lynch, Federico Fellini e Ingmar Bergman.

Notas

* Esta entrevista fue realizada en Madrid, por A. Intxausti y publicada por *EL PAIS-CULTURA*, el 09/06/2006, bajo el título "Judith Miller, la hija de Lacan cree que el consumo no produce felicidad".

Los herederos de Freud

La América freudiana: 1906-1960 [*]

Por Elisabeth Roudinesco

En este artículo, Elisabeth Roudinesco da cuenta de las vicisitudes del psicoanálisis en los EE.UU., y muestra cómo la pretendida “peste” freudiana en ese país fue neutralizada y cómo, en ese mismo movimiento, fue instalado el germen de lo que en la actualidad lo amenaza, desde adentro y desde afuera.

En este proceso por el cual el psicoanálisis se volvió inocuo, sin valor subversivo, confluyen principalmente la adhesión a un ideal religioso y un pragmatismo adaptativo, aportados tanto por pioneros norteamericanos como por psicoanalistas emigrados de Europa. Esto dio lugar al desarrollo de tres corrientes psicoanalíticas (el culturalismo, la escuela de Chicago y la Ego psychology) que tienen en común una definición del yo, extranjera a la concepción freudiana del sujeto y centrada sobre la primacía de la noción de individuo. Las consecuencias de esta historia no solo afectan al “psicoanálisis americano”, ya que desde él se pretende imponer al mundo la imagen de una doctrina momificada.

La familia poco a poco se agranda y se transforma. Pero Freud no ha tenido el mismo tipo de descendencia en todas partes. Mientras que aportaba una visión subversiva sobre el Viejo Continente, fue rápidamente asimilado por los Americanos. El psicoanálisis devino para ellos una forma de profilaxis social. Tres corrientes específicas aparecieron entonces: el culturalismo, la Escuela de Chicago y la *Ego psychology*.

En 1955, después de una conferencia en la Sociedad neuropsiquiátrica de Viena, Jacques Lacan afirma tener de la boca de Carl Gustav Jung la siguiente anécdota. En 1909, abordando el continente americano para dirigirse a la Clark University de Worcester, Freud habría murmurado al oído de su joven discípulo: “No saben que les traemos la peste”. Y Lacan comenta entonces esas palabras subrayando que Freud se había equivocado: creyó que el psicoanálisis sería una revolución para América y es en realidad América quien ha devorado a la doctrina vienesa retirándole su espíritu de subversión.

La palabra supuesta de Freud ha sido escuchada en Francia más allá de toda esperanza: en nuestro país, en efecto, nadie duda de la realidad subversiva de la doctrina freudiana y ninguno puede imaginar que Freud no haya pronunciado esta frase durante su viaje por América. Sin embargo, el estudio de los textos y de las correspondencias de la historia del psicoanálisis muestra bien que Jung ha reservado únicamente a Lacan esta información preciosa. En sus *Memorias*, cuenta el viaje pero no hace ninguna alusión a la peste. Por su lado, Freud no emplea jamás esa palabra. Con respecto a los grandes historiadores del freudismo, desde Ernest Jones a Max Schur pasando por Henri Ellenberger, Clarence Oberndorf, Vincent Brome y Paul Roazen, ellos cuentan que Freud simplemente ha enunciado esta frase: “se sorprenderán cuando sepan lo que tenemos para decirles” [1]

Valiéndose de esta confianza de Jung, Lacan ha inventado una ficción más verdadera que exacta a fin de imponer, contra un freudismo ortodoxo venido del continente americano, su propio relevo del descubrimiento vienés, fundado sobre un retorno a Freud. También ha construido una representación lacaniana del “psicoanálisis americano” que ha terminado por devenir francés, ya que incluso los no-lacanianos franceses creen firmemente que Freud ha querido traer la “peste” a los Americanos.

En Francia, las ideas freudianas han invadido simultáneamente desde 1920 al saber psiquiátrico y al conjunto de la cultura literaria y filosófica, dando de este modo nacimiento a representaciones contradictorias del descubrimiento freudiano. La idea de que éste puede ser “subversivo” viene de Freud mismo, que se veía como un erudito espinosista que ha infligido a la humanidad una herida profunda. Después, ha sido retomado por los surrealistas que son los primeros que han hablado de “revolución” freudiana, y por último por Lacan. En los Estados Unidos es más bien una visión terapéutica del psicoanálisis lo que ha invadido el campo general de la cultura, otorgando así menos importancia a su sistema de pensamiento, y por lo tanto a su valor subversivo, que a su estatuto médico y su poder de curación.

De ello resulta que ninguna tradición psiquiátrica se haya solidificado en los Estados Unidos a comienzos de siglo, que haya sido capaz de servir de abono o de tamiz a la implantación de las ideas freudianas. El psicoanálisis ha tomado allí un lugar vacante. Es por lo cual, aún hoy, del otro lado del Atlántico, la palabra *Psicoanálisis* no se distingue de la palabra *Psiquiatría*: los dos términos son perfectos sinónimos. Por otra parte, los discípulos americanos de Freud no han aceptado jamás el combate sostenido por el viejo maestro a favor del análisis profano (*laieïenanalyse*), es decir del análisis practicado por los no médicos. Esta situación se refleja sobre el plan doctrinal: suponiendo que la terapéutica del alma forma parte integrante del campo de la cultura, la representación americana del psicoanálisis oscila entre un ideal religioso, en el que se enuncia entre 1906 y 1915 la utopía de los pioneros, y un pragmatismo médico y adaptativo, en el que se expresa a continuación el neo-freudismo surgido de la emigración europea. De una manera general, este “psicoanálisis americano” privilegia el yo en detrimento del inconciente y busca en la teoría freudiana un medio de adaptar los individuos a la sociedad. Por otro lado, opone a la pretendida decadencia de la vieja Europa una ética de la libertad voluntaria fundada sobre la noción de profilaxis social. Las diferentes corrientes del freudismo americano están casi siempre atravesadas por una religión de la felicidad y la integración, muy alejada de la concepción vienesa del malestar en la Cultura o de la visión lacaniana de un freudismo asimilado a una “peste” subversiva.

La adhesión a un ideal religioso está en el centro de la gestión del primer gran pionero del psicoanálisis en los Estados Unidos: James Jackson Putnam. Nacido en 1846, en el seno de la aristocracia de la Nueva-Inglaterra, se alzó en favor de la tradición de la Iglesia unitaria, abierta a la Filosofía de las Luces y al progresismo social. Nutrido de Hegel y de Bergson, milita muy tempranamente a favor de la emancipación de las mujeres. Entre 1870 y 1872, reside en Europa donde se forma en neurología con las mismas fuentes que Freud, del cual es 10 años mayor. Sigue los cursos de Charcot, se interesa en la obra de Janet y descubre la enseñanza de Meynert. Entre 1890 y 1909 organiza un círculo en Boston en el que se encuentran William James y Morton Prince. Esos hombres son los verdaderos pioneros del psicoanálisis en USA. Como todos los especialistas de enfermedades mentales de esta época, curan a sus pacientes practicando la hipnosis, descubren el inconciente hablando de sus sueños o discuten la teoría vienesa tomando conciencia que ellos mismos son neuróticos.

Nada en apariencia hace suponer que Putnam va a internarse en el psicoanálisis. Espiritualista y moralista, apenas aprecia el materialismo freudiano, por lo cual rechaza el biologismo a favor de una teoría de la voluntad creadora. Es por ello que en 1906 califica de “conversión” su repentina adhesión a la doctrina vienesa a la que aporta todo el peso de su ideal religioso. En 1908 se encuentra con Jones, que es asistente de psiquiatría en la universidad de Toronto y diez meses más tarde asiste a las cinco conferencias dadas por Freud en Worcester. Lo invita entonces a residir en su rancho de Keene Valley en los Adirondacks. Este hombre de la costa Este es un apasionado de la naturaleza, de los grandes espacios y de los fogones.

En 1911, a los sesenta y cinco años, Putnam atraviesa el Atlántico para asistir al congreso de Weimar. En el camino se detiene en Zurich, donde Freud, que era hospedado por Jung, lo recibe para una cura psicoanalítica de una duración de seis horas. La amistad que une pronto a los dos hombres, en el respeto aceptado de sus divergencias recíprocas, testimonia de una edad de oro del psicoanálisis en el que las relaciones conflictivas no se transformaban aún en luchas institucionales [2].

Pero el idealismo putnamiano permanece muy cerca de una mentalidad rousseauniana de viejo cazador para imponerse como componente mayor de un movimiento psicoanalítico americano en plena expansión. En 1911, Putnam deviene presidente de la *American Psychoanalytical Association* creada un año después de la fundación de la

International Psychoanalytical Association (IPA), y, en 1914, preside los destinos de la *Boston Psychoanalytical Association*. Pero a esa altura la época heroica ya está cumplida. Entra en escena un nuevo personaje, Abraham Arden Brill, quien con la ayuda de Jones, va a hacer bascular al movimiento americano hacia su segundo componente: el pragmatismo adaptativo.

Judío húngaro de origen, emigrado a los Estados Unidos en 1889, a los quince años de edad, Brill es el primer representante de una larga descendencia de emigrados de Europa central y oriental, que van a dar, en la entre-dos-guerras, una nueva cara al freudismo americano y hacer de la IPA el instrumento de dominación del Oeste vencedor sobre el Este vencido. Curiosa revancha aquella de los hombres perseguidos en Europa, que huyen frecuentemente de los pogroms, después el nazismo, y devienen sobre el continente americano los garantes de una ortodoxia freudiana, que Freud no quería, y los gendarmes de las sociedades psicoanalíticas europeas. Cuanto más el ideal unitario de Putnam se fundaba sobre una concepción del deber obligado del individuo para con la sociedad, más el pragmatismo adaptativo preconizado en general por los Judíos emigrados parece ser la respuesta dada a posteriori a una situación de exclusión y de persecución.

De espíritu vivo, generoso, despreocupado pero deseoso de triunfar en la sociedad americana, Brill conoce a Jones en Zurich en 1907. Al año siguiente visita a Freud en Viena y obtiene de él el derecho a divulgar su obra en los Estados Unidos, aceptando el riesgo de modificar los pasajes juzgados muy difíciles: "Está totalmente americanizado, subraya Freud, pero sigue siendo un buen muchacho". En 1911, funda la prestigiosa *New York Psychoanalytical Society* organizada según las reglas corporativistas y de donde son excluidos los no-médicos. En 1912, es el jefe indiscutible del nuevo psicoanálisis americano sobre el cual va a reinar hasta su muerte en 1948, con el apoyo de Jones en la dirección de la IPA [3].

Los tratados de Versailles y de Trianon, concertados entre 1919 y 1920, marcan el desmoronamiento de la cultura austro-húngara en el movimiento psicoanalítico internacional. En Europa, es Alemania la que durante diez años lleva aún la antorcha de un freudismo triunfante, especialmente en Francfort donde domina una corriente socialista y marxista, y en Berlín donde se despliegan las actividades de la primer clínica psicoanalítica fundada por Max Etingon. Pero el desencadenamiento del nazismo acentúa, a partir de 1933, un proceso de emigración ya activo, provocando la partida hacia el continente americano de la casi totalidad de los grandes pioneros judíos de Europa. Este exilio masivo refuerza la potencia del movimiento psicoanalítico americano en el seno de la IPA que deviene un organismo burocrático destinado a administrar el funcionamiento de la formación didáctica.

Entre 1935 y 1960, tres grandes corrientes psicoanalíticas surgidas de la emigración van a desarrollarse en los Estados Unidos teniendo por denominador común una definición del yo, extranjera a la concepción freudiana del sujeto y centrada sobre la primacía de la noción de individuo.

La primera de esas corrientes es el culturalismo. Toma múltiples aristas y reúne teóricos también diferentes como Margaret Mead, Erich Fromm y Karen Horney. Nacido de los trabajos de Malinowsky, el culturalismo critica al freudismo reduciendo el Edipo a un modelo antropológico. Trata también de adaptar los principios de la cura a los comportamientos sociales o a los caracteres psicológicos [4].

La segunda corriente está representada por Franz Alexander, fundador de la escuela de Chicago. Apunta a transformar la cura clásica en una terapéutica de la personalidad global del individuo. Es examinando el problema de la úlcera gastro-duodenal que Alexander se compromete en la vía de una reestructuración del freudismo. Asombrado por su frecuente aparición en personas activas, muestra que en el origen de la enfermedad se encuentra una necesidad de ternura nacida en la infancia. Esto se opone al yo adulto y se traduce por la emergencia de una intensa agresividad. Más la actividad se acrecienta, más el sentimiento infantil se desarrolla, expresándose por una demanda de alimento que produce una secreción excesiva del jugo gástrico y la formación de una úlcera.

Frente a tales síntomas, Alexander pregona la asociación de dos terapéuticas: una psicoanalítica, que privilegia la exploración del inconciente y destaca la palabra. La otra, orgánica, que cura la enfermedad. Esta posición tiende a asimilar el psicoanálisis a una medicina psicosomática y se traduce sobre el plano técnico por un cuestionamiento de la duración canónica de las curas y de las sesiones y por una revisión de la teoría de la sexualidad.

La tercera corriente, la *Ego Psychology*, es la más representativa de ese pragmatismo adaptativo, forjado esencialmente por los emigrados deseosos de integrarse a su nueva tierra prometida. Se sitúa más cerca de la doctrina clásica de Freud que el culturalismo, aunque procede a una revisión completa de la segunda tópica. Sabemos que en 1923, Freud reafirma el primado del inconciente sobre el yo e introduce la noción de pulsión de muerte que conmueve la organización de las otras pulsiones. El yo, instancia represora, está inscrita en el ello y expresa la idea de una fuerza desconocida que agita la ignorancia de los sujetos. Ahora bien los partidarios de la *Ego Psychology*, Rudolf Loewenstein, Ernst Kris, David Rapaport, Eric Erikson y sobre todo Heinz Hartmann sostienen una posición que va en sentido contrario del descentramiento del yo.

Vienés de origen, Hartmann pertenece, aunque no sea judío, a la gran tribu de los emigrados de la Mitteleuropa obligados a huir de su país y a cambiar veinte veces de lengua, de títulos y de cultura. Analizado primero por Sandor Rado, después gratuitamente por Freud, reside algún tiempo en París antes de desembarcar para siempre en tierra americana donde publica sus obras. Allí se encuentra con Rudolf Loewenstein, judío exilado de Polonia y de Berlín, que ha sido en 1926 miembro fundador de la *Société psychanalytique de Paris*. Por su lado, David Rapaport conoce un itinerario también tumultuoso. Judío húngaro, dirige a los veinte años el movimiento sionista y sigue estudios de matemáticas y física en la universidad de Budapest. Emigra a continuación a Palestina donde permanece dos años, antes de retornar a su país para encabezar un grupo de jóvenes. Hace entonces un análisis sin ser médico y, en 1938 se exila en los Estados Unidos.

A los ojos de los teóricos de la *Ego Psychology*, el yo se autonomiza controlando sus pulsiones primitivas. Adquiere su independencia frente a la realidad exterior. Sin embargo la autonomía es relativa: del lado de las pulsiones, el yo busca una garantía contra la esclavitud del entorno. Del lado del entorno, reclama las mismas garantías contra las exigencias del ello. La adaptación del yo al doble apremio del ello y de la realidad pasa por un justo medio que asegura el equilibrio necesario al desarrollo de la vida humana. Pero si el yo tiende a rectificarse para realizar su autonomía, la identificación deja de ser un proceso inconciente para devenir un modo imitativo de comportamiento. La teoría de la sexualidad sufre también una torsión singular: vuelta sobre la sublimación, la libido asegura una desexualización de las pulsiones agresivas. Cuanto más "fuerte" es el yo, más refuerza su quantum de energía neutralizada. Cuanto más "débil", menos ejerce la neutralización. La *Ego Psychology* se apoya entonces sobre un rechazo a la pulsión de muerte, que se acompaña de un recentramiento del inconciente sobre la conciencia y de la sexualidad sobre sus formas derivadas. A través de la relación transferencial el terapeuta ocupa el lugar de ese yo fuerte al cual el paciente quiere parecerse para adquirir la autonomía de su yo. En la cura, la revisión ego-psicológica se traduce por un privilegio acordado al análisis de las resistencias en detrimento de la interpretación de los contenidos [5].

Entre esas tres corrientes, el culturalismo es aquel en el que se encuentra, al máximo, los movimientos de disidencias y los fenómenos de escisiones [6]. Esto no tiene nada de sorprendente. Fundado sobre un rechazo del universalismo freudiano y un tomar en cuenta a los diferentes sistemas culturales, el culturalismo era lógicamente llevado a rechazar el internacionalismo de la IPA que no es más que la expresión política de ese universalismo. Al contrario, la *Ego Psychology* es en los Estados Unidos la corriente donde se encarna mejor el ideal de integración pragmático propio a la IPA. Desde 1925, le impone a todas las sociedades que la componen la obediencia estricta a un conjunto de reglas que definen la formación de los analistas. Pero ella acepta en todas partes la pluralidad de las doctrinas. Podríamos entretenernos diciendo que funciona a imagen de la *Ego Psychology*. Pregonar la autonomía de cada uno aportando a cada uno una garantía contra las agresiones externas o las desviaciones internas: pluralidad de un lado, normalización del otro. Así el culturalismo sería una corriente a través de la cual la emigración europea habría aportado al continente americano un pensamiento de la disidencia, mientras que la *Ego Psychology* sería una formación de compromiso permitiendo a esta misma emigración conquistar, así sea con un semblante de autonomía, un ideal de integración. Por su rivalidad con Mélanie Klein, en el interior de la *British Psycho-analytical Society*, Anna Freud ha sostenido en la IPA la corriente de la *Ego Psychology*, que por otra parte no era ajena a su concepción del yo y de los mecanismos de defensa. Sin embargo la tesis de la autonomía jamás se internacionalizó, permaneciendo como una expresión puramente americana del neo-freudismo de emigración. Por el contrario, la escuela Kleiniana ha conquistado el mundo (pero no América), al punto de devenir la corriente dominante de las sociedades psicoanalíticas latino-americanas afiliadas a la IPA. Esto tendería a acreditar la tesis según la cual la *Ego Psychology* es más una "revisión" de circunstancia que una doctrina en sí misma.

Freud sabía bien que no traía la peste a América. Sin embargo, como se comparaba a menudo con Cristóbal Colón, no era insensible a los éxitos obtenidos por su doctrina en los Estados Unidos. Evoca siempre con mucha emoción el recuerdo del viejo Putnam, que le fue fiel a pesar de las divergencias. Al final de los años treinta, cuando estuvo sólidamente implantado al otro lado del Atlántico un freudismo que se le volvió extraño, no dudó en proclamar alto y fuerte que los Americanos habían transformado "el psicoanálisis en una mucama para todo servicio de la psiquiatría" [7]. Pero su revancha más grande en contra de la tierra prometida fue la redacción de un retrato psicológico del presidente Wilson, redactado entre 1932 y 1938, con la ayuda de William Bullit [8]. No le perdonó al presidente americano el tratado de Versailles que había destruido los viejos imperios y mostraba en su libro que ese loco furioso había dividido Europa sin conocer nada de la geografía, corriendo el riesgo así, en nombre de su delirio mesiánico, de volverse el artífice de una nueva guerra. Freud no se equivocaba. ¿Y cómo no ver en una tal evocación de la locura al poder, el fantasma temible de este poderoso psicoanálisis americano que, después de haber asimilado la cultura europea, ha querido imponer al mundo la imagen de una doctrina momificada?

Traducción: Silvia Salman

Notas

* Este texto fue publicado en Magazine Littéraire, hors-série n° 1, FREUD et ses héritiers, l'aventure de la psychanalyse, Paris, 2° trimestre de 2000.

1- Ver E.Roudinesco, Historia del psicoanálisis en Francia, vol.II, ed. Fayard, 1994.

2- Introducción del psicoanálisis en los Estados Unidos, ed. Gallimard, 1978.

3- Paul Orasen, La saga freudiana, ed. PUF, 1986, p.309-318.

4- Sobre estas cuestiones, ver B.Pulman En los orígenes del debate entre antropología y psicoanálisis, Gradiva n° 6, verano 1989, y El Hombre n° 100, oct-dic., 1986, p. 119-142.

5- H.Hartmann, La psicología del yo y el problema de la adaptación, ed. PUF, 1968.

6- El itinerario particular de Bruno Bettelheim, Judío, Vienés, emigrado a los Estados Unidos, no es tratado en este artículo. Aunque jamás se adhirió a la IPA, su doctrina se parece al modelo del pragmatismo adaptativo..

7- Ernest Jones, Vida y obra de S. Freud, t.III, ed. PUF, 1956, p.342.

8- S. Freud, Retrato psicológico del Pt.Wilson, ed. Albin Michel, 1967, reed. Payot, 1989.

Freud, Dostoyevski, la ruleta [*]

Por Philippe Sollers

Freud, Dostoyevski, psicoanálisis y literatura. El autor apunta a la puesta en acto de una interrogación mutua entre las dos disciplinas.

Búsqueda que enlaza en la pregunta sobre el parricidio el punto de desvanecimiento e implicación de ambas perspectivas.

El psicoanálisis no es solo “metapsicológico” o clínico, puede si corresponde, aplicarse. Se ha glosado mucho sobre su encuentro con la literatura, pero sin interesarse en una de las obras capitales del dossier: Dostoyevski y el parricidio.

“Percibo en su conjunto una convulsión que pone en juego el movimiento global de los seres. Va desde la desaparición de la muerte a este furor voluptuoso que, tal vez, es el sentido de la desaparición.”

“Hay delante de la especie humana una doble perspectiva: por una parte la del placer violento, del horror y de la muerte – exactamente la de la poesía – y, en sentido opuesto, la de la ciencia o del mundo real de la utilidad. Solo lo útil y lo real tienen un carácter serio. No tenemos nunca el derecho de preferir la seducción: la verdad tiene derecho sobre nosotros. Incluso ella tiene sobre nosotros todos los derechos: ese imposible al que no accedemos más que olvidando la verdad de todos esos derechos, más que aceptando la desaparición”

Georges Bataille, “Lo imposible”

En la aceleración de los parloteos sobre la así llamada relación entre literatura y psicoanálisis, extrañamente, la pieza principal del dossier no es evocada casi nunca. Se trata, por supuesto, del texto capital de Freud sobre Dostoyevski, *Dostoyevski y el parricidio*, que data de 1926.

Freud decía que la histeria era una “obra de arte deformada”. ¿El psicoanálisis, nacido de una respuesta a la histeria, puede llegar hasta el punto de pensar la histeria “lograda” que serían el arte, la literatura? Vieja pregunta siempre nueva, cada vez más nueva; pregunta de buen sentido y de mal sentido, cuestión de saber hasta dónde va el cuerpo del sentido, y que yo querría abordar esta vez a través de la escritura y la epilepsia.

Si Freud fue hasta los límites reprimidos del sentido común, si esclareció, como nadie, el lazo indisoluble que anuda la comunidad en tanto que sometida al sexo, habitada de lenguaje, no hay sin embargo razón de tomarlo como medida de una experiencia singular incommunicable. El escrito como incommunicable-comunicado resta sin embargo incommunicable y no por ello sigue trabajando menos el análisis al punto de descubrirlo en sus sorderas. El texto de Freud es ejemplar sobre este punto, por su agresividad tónica (bien preferible a todas las devociones) y su alcance político. En un sentido, pienso que toda la política que podemos extraer del análisis se funda allí.

Dostoyevski, a fines del siglo XIX, abre con Poe, Beaudelaire, Rimbaud, Lautréamont, Mallarmé, Nietzsche, el espacio sin garantías de nuestra modernidad convulsionada, modernidad que vuelve a sumergirse abruptamente en la más inmemorial interrogación de la especie. El análisis se inventó al mismo tiempo que Dostoyevski se callaba, como resurgió a través de Lacan, en el momento en que Joyce, por ejemplo, dejaba de escribir para dejar escribirse lo que él había escrito. De ahora en más tenemos otra cosa muy diferente para pensar de la escritura teniendo en cuenta esta escena en que lo que se piensa se habla sin que el pensamiento lo sepa, pues cree hablarse. Se trata de la apuesta de la religión misma, y no de filosofía; la firma de Freud, es su verdad, retorna, para cada uno, a la de Moisés. El

cristianismo descompuesto deja, igualmente, al desnudo el enigma de Cristo. Resumiendo, una historia singular ocurre en ese rincón, y no por azar, y no va de suyo.

Freud comienza así: "En la rica personalidad de Dostoyevski podemos distinguir cuatro facetas: el poeta, el neurótico, el moralista y el pecador. ¿Cómo orientarnos en esta intrincada complicación?"

Por lo que al poeta se refiere, no hay lugar a dudas. Tiene su puesto poco detrás de Shakespeare. Los hermanos Karamazov es la novela más acabada que jamás se haya escrito...Por desgracia, el análisis tiene que rendir las armas ante el problema del poeta." [1]

Se pronuncia entonces el llamado a las armas. Cuando sabemos cuán deudor es el tejido analítico por su sobrecarga imaginaria, del misterio de la existencia de Shakespeare, percibimos inmediatamente que, la "vida" de Dostoyevski siendo verificable en gran parte, solo puede estar masivamente interesada la investidura de una comparación entre estos dos nombres. Pero retengamos solamente por el momento esta sorprendente división en cuatro que Freud hace de Dostoyevski, este despedazamiento inicial. ¿Dostoyevski solo era un escritor en una cuarta parte? ¿Era un hombre en sus tres cuartas partes, más un escritor? ¿Pero, quien afirma entonces aquí, a través de Freud, que el escritor *debe ser* además un ser humano? ¿La razón clásica? ¿Algo como un deseo que proviene de más lejos? A decir verdad, las Luces no hubieran afirmado nada diferente, sobre todo a propósito de Sade. ¿Debemos definir el racionalismo como lo que no muestra, como en el caso del iceberg, más que un cuarto de escritura? ¿Como lo que vela, en tanto que cuarto de hombre, en el puente del lenguaje, en esta noche en que no emerge sino una linterna, una señal? El escritor, además de su cuarta parte, ¿es como los demás? Y los demás, todos los demás, si tuvieran las ganas o la fantasía de sumarse un cuarto ¿se volverían por ello escritores? ¿Es concebible que Dios haya escrito las tablas de la Ley; o bien Moisés en sus tres cuartas partes de hombre egipcio, se vistió ridículamente con otro cuarto de escritura? ¿Quién era entonces Shakespeare? El proceso está abierto. Con una mayoría de tres cuartos la legitimidad de un juicio alcanza su *quórum*.

En tanto que moralista, Dostoyevski es en efecto "atacable".

"Después de luchar desesperadamente por conciliar las aspiraciones instintivas del individuo con las exigencias de la comunidad humana, acaba sometándose a la autoridad seglar y a la eclesiástica, venerando al zar y al dios de los cristianos y propugnando un estrecho nacionalismo...no quiso ser un maestro y un libertador de la Humanidad y se situó al lado de sus carceleros. El porvenir cultural de la Humanidad tendrá muy poco que agradecerle. No sería acaso difícil demostrar que su neurosis le condenaba a tal fracaso. La elevación de su inteligencia y la fuerza de su amor a la Humanidad abrían a su vida otro camino distinto: el camino del apostolado." [2]

Esto es lo que escribe Freud progresista. Pero en suma este tipo de razonamiento podría ser el de un comisario político marxista, de un burócrata actual del imperio totalitario socialista. Si Dostoyevski viviera hoy sería deportado por los motivos que invoca Freud, como lo fue durante su vida por los motivos opuestos. Extraña situación: ¿sería la cuarta parte de escritor indefinidamente condenable cualquiera sean sus "ideas"? O más exactamente: ¿no hay en el hecho mismo de escribir algo más en carne viva que lo que generalmente se admite, una lógica que arrastra automáticamente el escándalo en relación con el "progresismo" de la humanidad? Si Dostoyevski no hubiera escrito lo que escribió, hubiera podido ser un apóstol. Un maestro. Un libertador. Pero ¿por qué un escritor debería ser ese apóstol, ese maestro, ese libertador? ¿Para no escribir demasiado? ¿Y saber demasiado a través de ese demasiado? ¿Por qué debería la escritura ser progresista? Lo que dice Dostoyevski es algo quizá más terrible que el zar y la ortodoxia que está preparándose en Rusia. Lo que dice, es la *posesión* (demoníaca, pulsión de muerte) que representa el nihilismo. Lo escribió, es decir, que lo *es*, mejor, sin duda que ningún nihilista, que ningún socialista, que ningún revolucionario. Y *siéndolo*, prefiere, es un hecho, el "Dios de los cristianos".

Lo que podría parecer una equivocación de su parte en 1871, se demuestra un siglo después que tenía razón. "En el fondo es siempre el mismo Rousseau y el mismo sueño de recrear el mundo con el auxilio de la razón y de la experiencia (positivismo)...Cortan cabezas...¿por qué? Únicamente por que es lo más fácil. *Decir algo es incomparablemente más difícil*. Un deseo no es su cumplimiento." Admitiendo que todo el mundo pueda en un momento equivocarse en política (e incluso que no hay modo de hacerlo de otra manera) es interesante ver lo que Freud, elige, algunos

años después de haber escrito esta acusación como indulgencia sobre el plan de autoridad. Es claro: Mussolini. Dedicatoria, en 1933, de "El porqué de la guerra" (escrito en colaboración con Einstein): "De parte de un hombre viejo que saluda en el Dirigente al héroe de la cultura" ¿Por qué el Duce es un "héroe de la cultura"? Porque hizo realizar excavaciones arqueológicas que le interesaban a Freud. Pero también evidentemente, porque el Vaticano no es favorable al psicoanálisis y se puede esperar que Mussolini juegue como contrapeso a la Iglesia (la *Rivista Italiana di Psicanálisis* será prohibida a demanda del padre Schmidt, católico vienes algunos años después; Mussolini prometerá hacer anular esta interdicción, pero sin éxito.) Todo esto, por supuesto, a través de las evoluciones del entorno (Edoardo Weiss, el pretexto del tratamiento de una paciente, hija de un amigo cercano del "Dirigente", etc.) Pero en 1937, Freud vuelve a la cuestión: "el único protector que tuvimos hasta el presente"...Siempre Mussolini, quien, por otra parte intervendrá eficazmente ante Hitler para que Freud pueda obtener su visa de salida de Austria. Desgraciadamente, Mussolini entre tanto se acercó a los alemanes...¿Quién hubiera podido prever tal catástrofe? ¿No es la arqueología una noble pasión? ¿Sobre todo en Roma, esta ciudad tan rica en pasado sobre la cual se erige, inoportuna, la arrogante presencia católica? (A Freud le tomó mucho tiempo obtener de sí mismo *poder* ir a Roma, vencer su profunda repulsión). Pompeya, la Acrópolis de perturbadora memoria, las estatuillas egipcias que llenan poco a poco como fetiches conjuratorios el escritorio de Freud, todo esto ¿es más cultura que la de los romanos, que las millares de páginas escritas? No es menos cierto que Freud habrá aconsejado, tal vez no sin humor, a Mussolini volverse un héroe cultural. Haga la cultura no la guerra...

Encontramos aquí la preocupación, por parte de Freud, de asumir su paternidad simbólica, de anclarla en una suerte de universalidad no judía: hacia arriba (Moisés era egipcio, el Dios de su padre no era por lo tanto judío), hacia abajo (Jung debía ser su "hijo", Mussolini haría bien en definir su "heroísmo" en relación con un viejo sabio)...Lo que, después de todo, es un fantasma como cualquier otro (no totalmente como cualquier otro) y no tiene importancia en cuanto a la validez del análisis. Esto ocurre cuando uno cree ser un libertador de la humanidad. Dicho de otro modo, cuando uno se equivoca en alguna parte sobre lo que enseña el cuatro-cuarto de escritura. O incluso (confidencia personal) cuando todavía solo se está angustiado a medias por su inmersión en la escritura. Es un hecho que Freud no evaluó la pulsión de muerte hasta sus consecuencias explosivas, estragantes, que estaban ocurriendo en su época. Sus previsiones son mucho más optimistas que las de Dostoyevski. Humano, demasiado humano... Ley temperada, actualizada, pero sin los profetas.

Veamos ahora a Dostoyevski perverso y criminal. El yo, en este caso, dice Freud, "no logró hacer una síntesis y fracasó en su tentativa de realizar su unidad." ¿Pero, allí aún, en qué se convertiría el arte de Dostoyevski si su "yo" hubiera logrado una síntesis, una unidad? ¿Cómo podría la escritura exhibir el fondo del mal, el límite de la perversión y, al mismo tiempo su hundimiento, su irrisión? ¿Cómo podría ser crimen, castigo y más allá del crimen como del castigo? ¿Crisis y descripción de la crisis? ¿Adulto y niño? ¿Fríamente afebrado e inocente, pasión de la distancia infinita entre el jugador, el inquisidor, una muchachita, verdugos y víctimas? ¿Derecho y revés? En ese momento Freud adelanta su diagnóstico sobre la epilepsia de Dostoyevski, en realidad nos dice, se trataba de una histeria grave. Es evidente que Dostoyevski puede escribir *El idiota* pero no es idiota (la contradicción va tan lejos que, para Dostoyevski, se trata incluso de representar "un hombre absolutamente perfecto") Nos encontramos nuevamente frente a la irritante cuestión de la sexualidad del escritor, del artista consecuente con su funcionamiento psíquico paradójal, el más bajo en la enfermedad, el más alto en la dimensión intelectual... "...como si se hubiera constituido orgánica y previamente un mecanismo de derivación anormal de los instintos..." [3]. Llegamos inmediatamente al postulado del coito común. "Este (mecanismo) puede ser un tanto afín a los procesos sexuales tóxicamente motivados en su fondo.

Ya los médicos más antiguos decían que el coito era una pequeña epilepsia..." [4]¿Hay que pensar que existe un coito corriente de la humanidad? Es algo de temer. Es contra esto por supuesto que la histérica tiene sus razones para protestar con toda su conversión, con todo su espectro amplio de embarazo. Pero podríamos decir otro tanto, sino más del epiléptico que no se resuelve con la moneda corriente de la parte por el todo, que de algún modo compromete su cuerpo entero en la anomalía provocadora de este asunto, la cual, por otra parte, a través del electroshock se considera que se devuelve la conciencia a su lugar, es decir para hablar crudamente, reglada en un coito en buena compañía. En el sentido común, normalmente neurótico, "El ataque epiléptico pasa a ser, de este modo, un síntoma de la histeria y es adaptado y modificado por ella, lo mismo que por la derivación sexual normal." [5] Detrás de la epilepsia de Dostoyevski encontramos entonces la histeria: pero ¿si fuera lo contrario? ¿Si la histeria no hiciera sino conmemorar un horizonte de mal sagrado epiléptico? ¿Si Dostoyevski con todo su ser de escritura y con su cuerpo

perdido para sí mismo hubiera pasado "a través" de la histeria? Allí donde la histeria, en efecto manifiesta el soplo espasmódico de engendramiento, hasta hacer de la palabra misma la fuente posible de este tumor, podríamos decir que la crisis epiléptica manifiesta una convulsión originaria en el interior del sujeto y como desde el interior de su imposibilidad genética. La histeria "convirtió" el nacimiento.

La crisis, con la mordida de la lengua, representaría como la ruleta de virtualidades de engendramiento sentidas por un cuerpo que se experimenta como arrancado. De allí el terror provocado, que es como el error mismo de la escritura: gran muerte y no pequeña muerte, la escena más primitiva, división y ausencia, raptó de Otro que los deja caer. La histeria afecta el cuerpo de palabra, la crisis es como una interrupción de escrito en el grito. ¿Qué puede ser, en esta región, una "actividad sexual normal"? La crisis viene a decir violentamente la abyección de esta normalidad supuesta, es decir que el cuerpo que goza o cree gozar está sometido a una apuesta desahuciada. A la apuesta que, quizá incluso con el análisis, querría mantener la histeria.

"Elijo siempre, escribe Dostoyevski, temas por encima de mis fuerzas" Pero ¿cómo escribir? "Sufrir, sufrir mucho..."

Diario de los Poseídos (o de los Demonios): "Crisis, fuerte, luego de una imprudencia alrededor de las seis de la mañana, durante el primer sueño. El intervalo entre las crisis extraordinariamente largo - tres meses y diez días. Por falta de costumbre el estado enfermizo dura mucho tiempo: es el quinto día desde la crisis y la cabeza no está aun clara. El buen tiempo dejó paso a la lluvia La crisis se produjo casi en luna llena."

"Crisis a las 6 de la mañana (el día y casi la hora del suplicio de Tropman). No lo escuché, me desperté a las 8 con la conciencia de una crisis, es decir nerviosidad, debilitamiento de la memoria, estado brumoso y en algún sentido contemplativo - se prolongan ahora más que los años precedentes. Antes, esto pasaba en tres días, y ahora no antes de seis días. La noche sobre todo, a la luz de las velas, una tristeza hipocondríaca sin objeto y como un matiz rojo sangrante (no un tinte) sobre todo..."

A las tres de la mañana una crisis de una violencia extrema, el entrar, despierto. Me caí y me herí la frente. Sin recordar nada y sin tener conciencia, sin embargo llevé al dormitorio la lámpara encendida en perfecto estado y cerré la ventana y adiviné solo después que había tenido una crisis. Desperté a Ania y se lo dije; ella lloró mucho viendo mi rostro."

Y así continúa...

"Hay instantes, duran cinco o seis segundos, cuando ustedes sienten de pronto la presencia de la armonía eterna, la han alcanzado. No es terrestre: no quiero decir que sea una cosa celeste pero que el hombre bajo su aspecto terrestre es incapaz de soportarla. Debe transformarse físicamente o morir. Es un sentimiento claro, indiscutible, absoluto. Ustedes captan de pronto la naturaleza entera y dicen: sí, es así, es verdad. Cuando Dios creó el mundo, dijo al final de cada día: "Sí, está bien, es justo, es verdad". No es el enternecimiento... es otra cosa., es la alegría. Ustedes no perdonan nada porque no hay nada más que perdonar. No es amor tampoco; ¡oh! Es superior al amor. Lo más terrible, es que es tan espantosamente claro. ¡Y una alegría tan inmensa con ello! Si durara más de cinco segundos, el alma no lo soportaría y debería desaparecer. En esos cinco segundos vivo toda una vida y daría por ellos toda mi vida, pues lo valen. Para soportar esto diez segundos habría que transformarse físicamente. Pienso que el hombre debe cesar de engendrar. ¿Para qué niños, para qué el desarrollo de la humanidad si se ha alcanzado el objetivo? Está dicho en el Evangelio que luego de la resurrección no se engendrará más y que todos serán como ángeles de Dios. Es una alusión. ¿Vuestra mujer ha dado a luz?"

- Kirilov, ¿esto le ocurre a menudo?

- Cada tres días, todas las semanas

- ¿Usted no es epiléptico?

- No

- Usted lo será. Ponga atención, Kirilov, he escuchado decir que era precisamente así como comenzaba la epilepsia. Un epiléptico me describió en detalle las sensaciones que precedían sus crisis: es exactamente su estado; hablaba también él de cinco segundos y decía que era imposible soportar eso más tiempo. Recuerde el cántaro de Mahoma

que no tuvo tiempo de vaciarse mientras que Mahoma daba la vuelta al paraíso a caballo. El cántaro son sus cinco segundos, y esto se parece demasiado a su armonía; ahora Mahoma era epiléptico. Ponga atención a la epilepsia, Kirilov

- No tendrá tiempo de alcanzarme, dijo Kirilov con una sonrisa apacible."

En el interior de la crisis, y sin embargo fuera; en lo más profundo de la crisis y sin embargo fuera de su alcance, con "una sonrisa apacible", aquí ausente y allá otro...O incluso más:"Reconozco la existencia de la materia, pero no sé en absoluto si la materia es material..." Tal es la apuesta de escritura, como en la intersección de una vibración insostenible y de un no hay tiempo.

¿De dónde viene entonces la literatura para ser de este modo el único lenguaje para confesar a veces, el asesinato de padre? ¿De donde vienen Sófocles, Shakespeare, Dostoyevski? O más bien: ¿hasta dónde puede llegar la escritura en un cuerpo sostenido por la concretización fallida del azar? ¿Debemos nosotros con Freud construir ese maniquí, tres cuartas partes humano, ese cebo físico del que diremos que tiene una "predisposición bisexual excepcionalmente fuerte"? El efecto de la palabra como punto de partida de la histeria (de la cual la neurosis obsesiva no es más que un dialecto) es sostenido por ese rodar del escrito, tiro de dados que antes de dar su cifra deja ver la crisis. En la pregunta sobre la "posición femenina en relación con el padre", de lo que está embarazada una mujer, de la lengua a la oreja, se transcribe en el hombre por la perspectiva de la castración del cuerpo entero. "Repitiendo individualmente una evolución histórica, esperaba hallar en el ideal cristiano una salida y una redención y utilizar sus sufrimientos mismos como base de una aspiración a un papel de Cristo. Si en conjunto no llegó a alcanzar la libertad y se hizo reaccionario, fue porque la culpa filial, generalmente humana, en la que se basa el sentimiento religioso, alcanzó en él una intensidad supraindividual, permaneciendo inaccesible incluso a su gran inteligencia." [6]

El término Cristo, en Freud, arrastra la palabra reaccionario. Será impactante escuchar más tarde, en Lacan, el mismo tono de conmiseración, hablando con propiedad paternalista y desenvuelto, tratándose a la vez de ciertos escritores y de Cristo. Al análisis en el nombre del padre-para-la-madre, en el nombre de la madre hija de su padre, no le gusta que se pase por el hijo incluyéndose como padre. Sade es un pobre idiota, Joyce un pobre desgraciado, y en cuanto a Cristo, una "historiola", que quieren ustedes. Lo que indica que hay al menos dos regímenes del nombre del padre; Moisés es perfectamente moiseísta, y Marx, marxista, y Freud freudiano. Pero Dante no es dantesco, Kafka no es kafkiano, Dostoyevski no es dostoyevskiano, y finalmente Cristo no es para nada cristiano. Del nombre a la adjetivación del nombre se juegan la escritura y la pregunta por saber si ella puede ser o no *levantada*. Esto es lo que literalmente choca a Freud: "La simpatía de Dostoyevski hacia el delincuente es realmente ilimitada; va mucho más allá de la compasión, a la que puede aspirar el desgraciado, y recuerda el respeto que a los antiguos inspiraban el epiléptico y el demente"[7]. 1875 *Dostoyevski* a propósito del libro de Job:" Leo y luego abandono el libro, y me pongo a caminar por la pieza, una hora quizá, casi llorando...Este libro es uno de los primeros que me conmovió cuando yo era casi aún un recién nacido...". Dos formas de leer y de escribir.

Queda el problema del juego. Y en efecto Dostoyevski, que en el fondo no tenía nada que perder, jugaba a lo grande. Cada vez que podía y en todo lugar en que estaba. Incluso con episodios de cálculos y martingalas. Peor: su mujer aceptaba su situación (otro hecho muy chocante para Freud). "Su joven mujer se acostumbró a este ciclo, pues observó que aquello que únicamente podía en realidad salvarlos, la producción literaria, nunca marchaba mejor que después de haber perdido todo y haber empeñado todo su ajuar." [8]

Vemos un modo de afirmar la escritura como un gasto más allá del gasto, excesivo, loco. La crisis es el colmo de la retención, el escrito de la prodigalidad inútil. Ruleta. Y ruleta rusa, si pensamos que el suicidio está allí, posible y pensado, a cada instante.

Lo que se ha señalado menos, sin duda, es que Dostoyevski que parecía incurable, dejó bruscamente de jugar en el momento en que se pone a escribir *Los poseídos* (*Los Demonios*). Ahora, el libro entero, apunta a poner en escena, como "parábola del ateísmo"; el *affaire* Netchaïev, el del nihilismo y del asesinato que lo reveló. ¿Y que otra cosa leemos en *Los poseídos* sino el torbellino de los cuerpos de hombres agitados como fantoches o criminales locos por el fondo matricial maternal frío y paranoico (Varvara Petrovna)? ¿Asesinato del padre? Aun no. Será en los Karamazov. Sino puesta al día, como nunca antes, de la determinación materna. ¿Y como se llama la madre de Dostoyevski? Marie Netchaïev.

Entonces, es a propósito del juego que Freud, para concluir, pasa verdaderamente al acto en relación con Dostoyevski. Pues, para interpretar este aspecto, no hace ni más ni menos que recurrir a otro escritor, que escribió una “pequeña obra maestra”, Stefan Zweig. Para lanzar la delicada pregunta de las relaciones entre el juego, el onanismo, y la madre, es Zweig quien explica a Dostoyevski. Este último, reducido ya a su cuarta parte, no es más que la cuarta parte de un cuarto. Y, además, la “pequeña obra maestra” de Zweig nos dice *precisamente lo contrario* de Dostoyevski. Freud necesitaba, para terminar, un Dostoyevski fascinado por la madre e incapaz de dominarla para hundirse como en las peores novelas, en el juego, el onanismo, el suicidio. Dostoyevski es un adolescente eterno, sobre todo no es un padre. El escritor no debe ser un padre. Para el análisis, el sujeto de escritura no puede ser sino púber. El escritor-padre, devela a la madre en su maquinación del asesinato del padre, y se concibe como hijo de Dios: imposible. Imposible porque es verdadero, y es verdadero porque está escrito con todas las letras a través de las letras. El cuerpo, la escritura, la crisis, el dinero, la sexualidad: la ruleta, continúa de otro modo, no tiene ya necesidad de encarnarse en la biografía, pasa a la confesión y al escrito de la confesión. La libertad ilimitada que desemboca en el despotismo ilimitado, si Dios no existe todo está permitido (por lo tanto prohibido) etc.

Eso es el decorado. Lo demoníaco mismo va a poder decirse finalmente bajo la forma del humor. Que dice el Diabolo: “Daría toda la vida sideral, todos los grados, todos los honores para encarnarme en el alma de una vendedora obesa y hacer arder los cirios de la iglesia” (*Los hermanos Karamazov*).

¿No es extraño que cuanto más el análisis se concibe como un asunto de lenguaje, más se cree obligado a rechazar el suyo a un escritor? ¿No podemos decir que este acto obligatorio es el síntoma del analista? Freud no se muestra nunca más *bajo madre* que en este proceso.

Leamos los *Carnets* de Dostoyevski: más aun que los libros, podemos seguir el enloquecimiento de la letra, la crisis rodante de la escritura abriendo y cerrando como un abanico de vértigo, situaciones, encadenamientos, dolores, entonaciones, acentuaciones. “Si todo ocurriera racionalmente en el mundo, no ocurriría nada” “*Todo es paraíso*. No se da mucho pero es tan fácil de ver” “¡Ama los pecados! En verdad la vida es un paraíso. Se da una vez en la miriada de los siglos.” “El clamor del rapto de los serafines... puede ser toda una constelación y un mundo? O bien una constelación no es más que una cierta molécula química...”

El Evangelio según San Lucas está en exergo en los *Poseídos*. El de San Juan abre los *Karamazov*. Dostoyevski, ya muriendo, le da el San Mateo a su hijo. Entendamos que es cuestión de significante, aquí: “Pues daremos a aquel que tiene y tendrá más: pero a aquel que no tiene, le quitaremos incluso lo que tiene. Por ello les hablo en parábolas, porque ellos miran si mirar y oyen sin oír ni comprender.” (Mateo, 13, 12-13). La epilepsia es el “mal de San Juan” (el otro, el bautista).

Nunca se trató de otra casa más que de “la más pequeña de las semillas”

El Evangelio donde, si podemos decirlo, habita la epilepsia, ¿abrirla un régimen totalmente diferente de escritura? ¿La efectuaría para desligarla, y la literatura lo sabría? ¿La parábola se haría de este modo hipérbola? Cristo no escribe nada, salvo una vez: en el piso y no sabemos qué, frente al tribunal que quiere juzgar a una mujer adúltera, escribe con el dedo en silencio. “Que aquel que nunca haya pecado le arroje la primera piedra” Escribe. Y, uno a uno los cuerpos se ocultan. Queda una mujer, aquella que no está prevista por la ley, *la* mujer, y un escrito que se borra en el gesto de remitir el juicio. “Yo tampoco... Ve...” El escrito, una mujer, el escándalo mayor, el dedo que ya no es más un dedo, una lectura imposible, el juicio suspendido, la incesante liberación del lado por donde puede pasar sin ser fijado... No se trata de que nada esté escrito, ni de que algo esté verdaderamente escrito, Sino la buena nueva, es de todos modos esto: que el escrito puede interrumpirse en el escrito, que la puesta en cuerpo no es absoluta... Hay que sentir ese momento en que todos se retiran.

Traducción: Silvia Baudini

Notas

* Este texto fue publicado en Magazine Littéraire, hors-série n° 1, FREUD et ses héritiers, l'aventure de la psychanalyse, Paris, 2° trimestre de 2000.

- 1- Freud, S., Obras Completas, Biblioteca Nueva, Tomo III, Madrid, 1973, p. 3004.
- 2- Freud S., op cit, p. 3004.
- 3- Freud S., op. cit, p. 3006.
- 4- Idem.
- 5- Idem.
- 6- Freud S., op cit p. 3011.
- 7- Freud S., op. cit. P. 3012.
- 8- Freud S., op. cit. p. 3013.

La ascesis freudiana: las cartas a Fliess

Por Éric Laurent

Luego de las más de mil cartas de amor que escribiera a su futura esposa hasta el año 1886, un año después, Freud comenzó su relación epistolar con Fliess. ¿De qué naturaleza es esa relación que el inventor del psicoanálisis mantuviera durante diecisiete años en 284 cartas?

Eric Laurent narra un cuento de aventuras en torno al descubrimiento y los secretos de las cartas, que nos recuerda los famosos maletines -McGuffin- que todos intentan capturar en los filmes de Hitchcock.

Critica después la lectura que hiciera el psicoanalista americano Kris, quien en esta correspondencia veía sólo el diálogo de dos amigos, para situar la respuesta que sólo Lacan pudo dar respecto del objeto transferencial que Fliess ocupara para Freud; en sus propias palabras: “un extraordinario trabajo del amor”.

Si la teoría freudiana no se inscribe naturalmente en el espíritu vienés, ¿de dónde proviene? La relación con Fliess recuerda esta dificultad de interpretación. ¿Es necesario ver en Fliess un amigo con el cual Freud compartía un programa científico positivista antes que se separaran, o tal vez, el gran Otro forjado para las necesidades del autoanálisis?

En Freud existen tres correspondencias importantes. Primeramente la que mantuvo durante sus cuatro años y medio de noviazgo (1882-1886); una carta por día, aproximadamente, más de un millar de cartas que el actual presidente de los archivos de Freud, Harold Blum, calificó en 1986 como la “más importante correspondencia amorosa de la cultura occidental” [1]. Es el único juez, puesto que esas cartas no han sido aún ni publicadas ni son accesibles. Después está la correspondencia mantenida luego del nacimiento del primer niño Freud, Matilde, (16 de octubre de 1887) con quien se transformaría en su otro por excelencia. La primera carta de Freud a Wilhelm Fliess está fechada en noviembre de 1887. Esta correspondencia durará 17 años, la conforman 284 cartas de Freud, en la edición completa. Y finalmente están las otras correspondencias, ya sea con Jung, con Abraham o con Ferenczi, por nombrar las más importantes. Tienen diversos destinatarios, pero Freud escribe desde una misma posición, la de fundador del psicoanálisis.

La correspondencia con Fliess, contrariamente a la primera, no permaneció inédita, fue publicada dos veces. Primero por su descubridor, como se dice de un tesoro, en los años 50. Luego, en los años 80, según las reglas universitarias comunes, integralmente. Solo la última edición tiene valor testimonial. Las circunstancias del descubrimiento explican la primera publicación. Ellas contienen los ingredientes de un cuento de hadas moderno, y por lo tanto atroz: una princesa, las investigaciones científicas, un viejo sabio judío, los nazis.

Nos serán relatadas luego por Jones, pero con las cartas de la princesa como un plus, en su biografía. Ocho años después de la muerte de Fliess, y tres años después de que Adolf Hitler tomara el poder, el 30 de diciembre de 1936, Marie Bonaparte recibe la oferta de un *marchand* de arte a quien la Sra. Fliess le había vendido las cartas de Freud. Ella quería dárselas a la Biblioteca de Berlín, pero como se quemaban los libros de Freud, entonces, las vende. Freud, al enterarse le propone inmediatamente comprárselas y a partir del 7 de enero de 1937 Marie lo rechaza: “las cartas y los manuscritos me fueron ofrecidos con la condición que no las revendiera a ningún precio a la familia Freud de forma directa o indirecta, porque tememos la destrucción de ese material importante para la historia del psicoanálisis”. Marie alcanza a extraerlas de un cofre del banco Rothschild en Viena luego de Anschluss, ante los ojos de la GESTAPO, para dejarlas, a partir de 1914, en la delegación del Danemark, en París. Se vuelve a juntar con ellas en Londres en 1945, y llegan a ser publicadas en alemán en 1950, en inglés en 1954 y en francés en 1956, editadas como

una bella formación de compromiso por Anna Freud, Marie Bonaparte y Ernst Kris, precedidas por un prefacio-guía de lectura de Kris, que es traducido con el resto. [2]

La formación de compromiso logra la publicación de 168 cartas, una vez cortados los pasajes que amenazan con contravenir la discusión médica o personal... los esfuerzos que hizo Freud por captar las teorías científicas y los cálculos de períodos elaborados por Fliess... ciertas circunstancias familiares y ciertos incidentes acontecidos en el círculo de sus amigos. Cuando 35 años más tarde las cartas fueron publicadas integralmente, primero en inglés, luego en alemán [3], sabríamos que los "incidentes acontecidos en el círculo de sus amigos", hace referencia sobre todo a las aventuras que protagonizó Emma Eckstein, personaje central del sueño denominado "la inyección de Irma".

Ahora sabemos todo sobre la falta profesional de Fliess, sobre la forma en que Freud quiso cubrirla, y también sobre el hecho que Irma se volvió luego psicoanalista. Sabemos también que esas cartas no ocultan escándalos mayores ni revelan sensación alguna. Sabemos también que el problema de la traducción de esas cartas en francés es mayúsculo, que la traducción hecha por una amiga de la princesa en 1956 resulta cada vez menos precisa. Sabemos finalmente que el problema central que nos plantean esas cartas es el de su interpretación.

Hay que distinguir radicalmente la recepción que las cartas tuvieron en el mundo anglosajón y en el espacio de lengua francesa. En lo que concierne al mundo anglosajón, la lectura de Kris predominará hasta la publicación de un artículo de Schur y la adopción parcial de las tesis de la "escuela francesa" [4]. Del lado francés, la lectura propuesta por Jacques Lacan, según premisas totalmente distintas a partir de 1955, es la más fecunda.

Para Kris, en esas cartas de lo que se trata es de una discusión científica entre dos sabios unidos por una amistad profunda. Freud nos lo había dicho, tenía siempre la necesidad de un amigo y de un enemigo íntimo. La situación social y científica de Fliess, otorrinolaringólogo berlinés apasionado por hipótesis fundamentalistas eran muy similares. Freud lo encuentra por intermedio de un amigo en común, el Dr. Breuer (cf. El caso Anna O.). El culto del ideal científico del tiempo, el programa reduccionista de Helmholtz-Brücke los une. En el momento en que Breuer se distancia de Freud, este encuentra a su relevo. En medio de esta amistad científica, Freud comienza su autoanálisis (verano de 1897) donde encuentra por primera vez el Complejo de Edipo. Y es así que se produce la caída de Fliess: "Analizándose a sí mismo Freud abre la vía a la comprensión de los conflictos de la primera infancia, algo que implicaba una modificación de sus intereses científicos... veía atenuarse en él la necesidad de explicar por factores fisiológicos los procesos psicológicos... cada vez que había tenido necesidad de información sobre las bases fisiológicas, Freud se dirigió a Fliess... a partir de esta época, esa necesidad decrece". Freud puede entonces darse cuenta hasta que punto las doctrinas de Fliess "se estaban alejando cada vez más de los hechos y de la observación". He aquí el punto de vista resumido de Kris, tal y como se expone en su introducción.

Para Lacan se trata de otra cosa. Las relaciones Fliess-Freud no es una amistad entre pares compartiendo el mismo saber, se trata de un amor del mismo orden que aquel que se instalaba con sus pacientes, una transferencia. Freud descubre a Fliess y "hace esfuerzos" por comprender las teorías de Fliess, si "sobreestima" su saber sobre el sexo es para llegar a decir, a ubicar en el interior de esta relación, lo imposible de decir sobre el sexo y su falta. Es por esto que "no es para nada como intenta hacérselo creer Kris, que Freud haya pasado del pensamiento mecanicista al pensamiento psicológico... es siempre el mismo pensamiento que se continúa... pero completa su esquema haciendo entrar allí algo totalmente diferente que es la noción de información" [5]. A la energía constante, mínima que Freud hereda del programa de Brücke, Lacan le da su verdadero nombre: "la entropía en tanto que tal se realiza en este acto original de comunicación que es la situación analítica". Al comienzo de su correspondencia con Fliess, Freud reconstruye la memoria, el juicio a partir de la sensación, no considerando el problema del encuentro con el objeto más que como un problema secundario. Es en el curso de la conversación fundamental con Fliess que Freud encuentra el problema mayor de la falta (la inyección dada a Irma), y el de la pérdida de su padre (la falta (*faute*) de Edipo). Encontrará en sueños y en Irma y su padre, lo que lo llevará a rechazar en primer lugar todo abordaje a partir de la sensación para centrarse sobre el cerebro como "máquina de soñar". El cerebro no es simplemente un órgano de homeostasis sino una máquina de producir el símbolo y el encuentro. En términos contemporáneos diríamos que Freud, según Lacan, describe que el cerebro, en su proceso primario procede según algoritmos acabados que contienen en ellos mismos una condición de imposibilidad. La reconstrucción mecánica de la realidad por Freud que conduce no obstante al sueño, y al descubrimiento de su enigma, de su ombligo, lo distanciará de Fliess.

En el mundo anglosajón es Max Schur, médico de los últimos momentos de Freud cuya amistad con la familia le dio acceso a las cartas en su totalidad, quien será el primero en reformular la "amistad" Freud-Fliess. En su artículo de 1966 sobre las circunstancias del *affaire* Emma Eckstein, y sobre todo su libro de 1972 *La muerte en la vida de Freud*, la describe más bien como una transferencia tomando en cuenta, sobre todo, las manifestaciones somáticas de Freud. Sin embargo retrocede en última instancia respecto del misterio: ¿"Cómo pudo desarrollarse una transferencia en el caso de Freud? Era su propio analista y no obstante, la necesidad esencial, el deseo irresistible de un objeto transferencial se manifestó en su autoanálisis y apareció en su relación con Fliess" [6]. Esta idea de autoanálisis que Freud mismo califica de "imposible" hace enigmática la presencia de Fliess. Hay que destacar que la biografía de Freud de Peter Gay, aunque muy schuriana, insiste mucho más sobre la alteridad psicoanalítica de Fliess (cf. nota 4). Lo que queda es que solo Lacan responde a la pregunta de Schur sobre "el deseo irresistible de un objeto transferencial" caracterizando el saber en juego en un análisis como una "suposición" que no puede ser propiedad de ninguno de los *partenaires* y mostrando su determinación a lo largo del análisis como valor pulsional y lógico que termina por reducir a *nada* la hipótesis transferencial.

Para captar la ascesis de Freud en su larga relación con Fliess, tal vez, no hay mejor palabra que la que Freud aplicaba al retorno de las cartas a manos de Marie Bonaparte: "un extraordinario trabajo del amor". Todo análisis exitoso lo repetirá.

Traducción: Liliana Bilbao

Notas

- 1- Citado en Gay, Peter: Freud, una vida de nuestro tiempo, Ed. Piados, 1989, especialmente el Cap.2.
- 2- Freud, Sigmund: nacimiento del psicoanálisis, edición establecida por Marie Bonaparte, Anna Freud, Ernst Kris. (ed.P.U.F. 1956)
- 3- Freud, Sigmund: The complete letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess (1887/1904), Translated and edited by J.M.Masson, ed. Harvard University Press, London 1995. Un año más tarde, publicado por los mismos cuidadores en alemán.
- 4- Leer los pasajes sobre Fliess como gran Otro de Freud en Gay Peter, op.cit., así como el elogio de la biografía de Octave Manonni y las frecuentes referencias al "autoanálisis de Freud" de D. Anzieu.
- 5- Lacan, Jacques, El Seminario, libro II, El yo en la teoría de Freud (1954/55) Ed. Piados, 1992.
- 6- Schur, Max: La muerte en la vida de Freud, Ed. Gallimard, 1975, pág. 102.

El descubrimiento de Freud

Por Serge Cottet

Cómo llegó Freud a concebir aquello que se transformó en la esencia de su descubrimiento, es decir, una nueva figura del sujeto, y qué le permitió al psicoanálisis resistir tanto tiempo y a tantos embates? En este trabajo, Serge Cottet nos cuenta cómo Freud, desde lo universal del discurso de la ciencia en el que siempre trató de incluirse, logró llegar a lo más particular: el deseo de cada uno.

Apoyado de un lado, sobre el alma romántica y sus arrebatos, y del otro sobre una vena positivista austríaca, el edificio freudiano podría parecer frágil. Ha resistido al tiempo porque lo esencial está en otra parte: en la invención de una nueva figura del sujeto.

Si consideramos el edificio que Freud ha dejado luego de su muerte, hoy vemos que el campo que ha abierto no se ha cerrado a pesar de las tentativas de anular sus consecuencias, y hasta de negar su radicalidad. La autenticidad de su descubrimiento, el del inconsciente, es tal que ninguna disciplina nueva ha llegado a apropiárselo o a integrarlo en una doctrina más vasta. Irreductible a la psicología, lo es también al conjunto de las ciencias llamadas humanas. Adversaria en la forma de ver el mundo, Freud tampoco permitió que la filosofía sacara ventaja.

Por lo demás, muy pocas disciplinas han encontrado allí material para renovarse. Es curioso que Freud haya querido, de entrada, instalarse en el discurso de la ciencia para revelar lo que ella desconocía por naturaleza: lo particular del deseo de cada uno.

¿Qué es, en efecto, una ciencia de lo particular? Porque sin responder de ninguna manera a los criterios de una ciencia experimental, Freud ubicó al psicoanálisis bajo los auspicios de las ciencias de la naturaleza, principalmente la neurofisiología. Materialista como era, encontró su punto de Arquímedes en una teoría neuronal, sin duda fantástica, y sin relación con la observación, pero que da cuenta de las paradojas que suscita un objeto profundamente desigual a sí mismo: ese aparato psíquico, *seelischer apparat*, de nombre híbrido y que contiene ya desde el año 1900 en *La interpretación de los sueños*, el programa de una doctrina materialista de las representaciones, siguiendo los pasos de maestros tales como Brentano.

Que esta doble referencia, por un lado al alma romántica y a Goethe, y por otro lado al positivismo austríaco parezca actualmente profundamente inadecuada respecto de su hallazgo, es, sin embargo, lo que ha permitido a Freud abordarlo con la garantía de la modernidad. Una modernidad hoy día desalentada por disciplinas animadas por el mito del hombre máquina, pero sin complacencia tampoco por lo inefable.

Esta referencia esencial al cientificismo lo condujo a tratar los hechos clínicos a la vez como datos objetivables y como hechos de discurso. La disciplina de la interpretación que surge de esto hace valer todos los recursos que permite la gramática, la lógica así como el mito y la tragedia.

Inscripto desde un comienzo en el campo de las Luces, al inconsciente freudiano se lo consideró sin profundidad, tópico, pobre desde el punto de vista de lo imaginario, pero rico desde el punto de vista de las lógicas paradójales que pone en juego. Reducir lo extraño del sueño a la deformación que le hace sufrir la censura, tratarlo como un criptograma le da a Freud, en el inicio de ese siglo, la estatura de un Champollion... Al reducir el mensaje latente del inconsciente a nada más que pensamientos es también un cartesianismo al revés que precede al axioma según el cual el sujeto no sabe los pensamientos que lo determinan: un "yo no pienso" que es justamente el reverso de lo que pienso. De esto dan testimonio, por supuesto, lapsus, fallas de la conducta, enigmas de la inhibición, desdoblamientos de la vida amorosa, así como tantas equivocaciones que descalifican toda pretensión de transparencia. No se trata de

que los motivos sean sustraídos de la conciencia como imperceptibles, sino que el sujeto elige contra sí mismo. Allí se encuentra el corazón de la subversión freudiana cuyo sentido es tanto ético como clínico; el inconsciente es, en principio, el discurso por el cual el sujeto se traiciona. El inconsciente está en el exterior.

Al considerar que el sueño, el síntoma principalmente histérico, fóbico, obsesivo tienen una naturaleza común análoga a un mensaje cifrado, Freud justifica que el sujeto sabe más de lo que dice sin que, sin embargo, lo sepa. Si admitimos una ciencia incluida en el inconsciente, un saber del cifrado, la interpretación se vuelve homogénea a la estructura del mensaje que el síntoma contiene: revela la cuestión, la dirige, incluso lo cómico. Es el origen de la tesis lacaniana: el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Dicho de otra manera, el significante produce efectos fuera de toda cogitación subjetiva.

Es necesario volver a llevar el descubrimiento freudiano a su punto nodal: la división subjetiva. Lacan ha revalorizado el término freudiano *Ich spaltung* para ver allí el ser mismo del sujeto como división que tiene la estructura de una falta. Toda la cuestión radica en precisar aquello que tiene lugar en el caso de Freud para producir esta división. No podemos, efectivamente, satisfacernos con un dualismo filosófico-religioso del alma y del cuerpo para agotar la especificidad del dualismo freudiano. Si el Yo no es amo en su propia casa se debe, sin dudas, a que algún demonio lo empuja fuera de allí. Y ese demonio es para Freud, el deseo en el sentido más extenso del *Eros* platónico, con la diferencia de que, respecto de sus ideas, no está inspirado por el cielo sino por los deseos de la infancia. Esta alienación del deseo no podría, no obstante, expresarse en términos de influencia, la de los padres, o de supervivencia de estadios superados. Es como rechazado que el deseo persiste y causa una división subjetiva.

Es en ese punto que la sexualidad tomó en la teoría freudiana el lugar que conocemos: es como sexual que el deseo es rechazado, y como tal resulta inalterable y contaminado para siempre por el deseo de la madre. De esto resulta, para Freud, una maldición que recae sobre el sexo y que se expresará en el curso del desarrollo de la doctrina en términos de conflicto de instancias en el cual, uno de los polos al menos, es sexual. La neurosis histérica proporciona, desde el principio, el testimonio más elocuente respecto del rechazo de la satisfacción de la relación sexual, antes que Freud hubiera distinguido radicalmente, a partir de *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, lo sexual y lo genital. Es ese paradigma de la histeria el que ha justificado largamente a Freud para concebir su dualismo en términos de incompatibilidad, de antinomia entre el Yo y la sexualidad, anulando inmediatamente la objeción que se le ha hecho de "pansexualismo". Sobre este punto, y sobre otros seguramente también, el siglo lo comprenderá mal al identificar histeria y excitación sexual.

Más tarde, en los años 1910/20 el aporte clínico de las psicosis obligará a Freud a modificar su dualismo pulsional. Constatamos, en efecto, que el Yo mismo es un objeto de amor que atrae, sobre la imagen narcisista, todas las reservas de la libido.

Formado a la imagen del objeto de amor ideal como resultado de identificaciones amorosas, el Yo parece muy alejado de la posibilidad de encarnar la instancia de la realidad, incluso de la razón, a la cual una parte de los alumnos de Freud quiso reducirlo, arrojando de golpe a la pulsión hacia el instinto o la necesidad.

En una palabra, después de 1921, Freud profundizará su dualismo con la oposición entre *Eros* y las pulsiones de muerte, estableciendo que no se trata de dos sustancias heterogéneas, sino que hay un elemento común a las dos: la esencia misma de lo pulsional, a saber, una cierta propensión de la pulsión a perder su objeto y a no solidarizarse con lo viviente al punto de confundirse con la tendencia al suicidio. Así, es en el corazón mismo de la pulsión que se produce la hiancia; es la contingencia de su objeto en lo relativo a su empuje constante, son sus vicisitudes y sus reversiones que utiliza el fantasma perverso, son también las paradojas del goce de autodestrucción.

Tenemos ya bastante como para que la relación con el *partenaire* como complemento del objeto pueda ser problemática. Efectivamente es al extraer las consecuencias de los *impasses* de la vida amorosa que Freud se vio llevado a profundizar su dualismo pulsional cuidándose de no recurrir a ninguna resolución dialéctica. Testimonia sobre esto en el curso de los años 20-30, la prolongada puesta a punto de la sexualidad femenina que lo hace concluir que existe un mismo símbolo para los dos sexos: el falo, cuya antinomia no es otra, para el inconsciente, que la castración.

Por otro lado, el escándalo del freudismo no es que el sexo, como un caballo de Troya plantado en el corazón de los intereses vitales de la persona sea como el diablo en el cuerpo. Se trata, más bien, de que la libido se torna demasiado intelectual. Por otra parte, el diablo no es el padre al punto de poder entregar su alma con el único propósito de suplir la carencia de su función? Una intelectualización que no es menos evidente en las aberraciones de la sexualidad en función de identificaciones familiares o en lo relativo a las teorías sexuales de la infancia. Y el llamado del amor no es incompatible con el fantasma masoquista: "pegan a un niño", o con los jugueteos de la homosexualidad femenina siempre preocupada por introducir como tercero al personaje masculino acompañado del amor cortés.

Así Freud, siempre preocupado por mostrar "lo vil sobre lo cual surgen audazmente nuestras virtudes", no promueve menos al padre como punto pivote de los extravíos del goce. Esta intuición de lo simbólico en la vida sexual, mejor dicho del significante, como determinación del fantasma por la lógica, como también la incidencia de la gramática en el desmontaje de la pulsión no es nada más que una especulación.

Lo que lo autentifica, por el contrario, es más bien el terreno seguro del cual testimonian los cinco grandes psicoanálisis.

Esta determinación simbólica del sexo y del amor que, llegado el caso, los vuelve incompatibles es puesta a prueba en la novela familiar del neurótico, en la historia de los padres, en los relatos que descubren la realidad sexual de cada uno, y decide sobre sus elecciones de objeto mucho más, seguramente, que ninguna otra determinación objetiva del orden del condicionamiento o de la "frustración".

Vemos que esta nebulosa de hechos clínicos justifica ampliamente la tesis lacaniana del inconsciente estructurado como un lenguaje. Pudimos constatar que todo el freudismo está allí resumido. Sin duda, pero el inconsciente no es todo el freudismo tampoco.

Es verdad que es necesario el automatismo del significante para hacer que surja la determinación simbólica de la transferencia, de la repetición de la pulsión, por retomar los grandes conceptos fundamentales. Sin embargo, Freud siempre ha dado lugar a una instancia psíquica que hiciera obstáculo a la traducción simbólica, un residuo inconmensurable del falo, o incluso que no puede entrar en el diseño del Edipo. Es decir, que hay una parte de lo simbólico que no es del orden del mensaje y que no se deja desanudar tan fácilmente por la interpretación: es el caso de la resistencia terapéutica negativa, el de la repetición actuada del trauma, del goce masoquista; tantas revelaciones que dan testimonio de un desamarre de la vida psíquica respecto de ese pivote del inconsciente freudiano que es el Nombre del Padre. Freud lo constata amargamente en 1937: al considerar la transferencia como dependiendo del complejo de Edipo, el sujeto no puede localizar allí todos sus conflictos. Sin duda, 25 años después de la muerte de Freud esta instancia de lo real tenía menos relevancia que la de lo simbólico a la que Lacan se dedicó a poner de relieve en razón de las desviaciones de la época. Hoy en día nos conviene volver sobre el asunto.

Es entonces cuando cobran sentido otros binarios freudianos, necesarios por los límites de la interpretación psicoanalítica. Se trata de la tensión entre el inconsciente y el "ello" que lejos de ser asimilable a un "ello habla" es más bien el lugar de un "ello goza" en el silencio de la pulsión de muerte. Tal es, por ejemplo, la paradoja que ofrece la culpabilidad del melancólico, bajo la presión de un superyo caníbal.

Esos hechos clínicos constituyen la base de las modificaciones de la *Metapsicología* de Freud, como así también de sus últimos textos sobre el fin de análisis, y el *Malestar en la cultura* justifican las distinciones finas no siempre percibidas por los comentaristas, como por ejemplo, la oposición entre dos figuras del padre en Freud: el guardián del orden edípico, mediador de la normalidad del deseo, pero también el padre desregulado, gozador, impenitente; es el padre de *Tótem y tabú* que aparece en el origen de las masas y que termina en lo peor, en el momento en que Freud escribe su *Malestar en la cultura*.

Le llega el tiempo a Freud de dar a su dualismo un matiz trágico que renueva la antigua palabra de los presocráticos respecto de la apelación que él hace a las mortales antinomias de Empédocles sobre *philia* y *neixos*, amor y destrucción, subrayando el carácter estructural transpsicológico de su descubrimiento. Hace lo mismo con el desmontaje del mito de Prometeo en 1932, que siempre fue objeto de admiración para Lévi-Strauss, por ejemplo, la insatisfacción

constitutiva de la pulsión. Así Freud ha asegurado, de una manera u otra, la especificidad de un registro llamado "económico" relativamente desabonado de lo simbólico o, como él dice, sin ligazón con un representante psíquico, como si los nudos de goce en el fundamento de la inercia psíquica se situaran fuera de los desplazamientos que la transferencia permite. Sin duda, no se trata de decir que están fuera del lenguaje, sino que es a través del recurso a la escritura de la letra por un cifrado nuevo de goce, distinto de los efectos de sentido, que se los puede atrapar. Se trata del porvenir mismo de la interpretación analítica que allí está en juego, así como en vida misma de Freud, algunos de sus alumnos diluyeron el problema en lo preverbal, lo no verbal, o el traumatismo del nacimiento sin prestar atención al más allá del principio de placer. Hay que decir que el problema de los comentaristas de Freud se sitúa justamente en ese punto. No es fácil lograr sostener juntos en Freud, a la pulsión y el inconsciente o, en otros términos, el goce y el Complejo de Edipo: siempre queda un resto en los intentos por reabsorber uno en el otro. Extraviado por una concepción moralizante del dualismo freudiano, la orientación anglosajona abandonando la primera tópica por la segunda instituirá lo que comúnmente conocemos como la ego psicología; consagra el ideal de dominio del Yo sobre la pulsión. Desde otra perspectiva, la obsesión de los estadios del desarrollo, en particular, el registro llamado preedípico, conducirá a los kleinianos a confundir el inconsciente y el fantasma arcaico.

Por regla general, el movimiento analítico no llegó nunca a conciliar el campo de la metapsicología, actualmente asimilada al campo de lo "cognitivo", con el registro de la pulsión que barra la castración. Dónde está, en efecto, la relación entre el pensamiento y los orificios del cuerpo: el oral, el anal? Freud, no obstante, ha efectuado todas sus revisiones con el fin de indicar que la mecánica de las representaciones, ya sea que estén sujetas al principio de placer o al de realidad, depende de la promoción, en el sujeto, de la función paterna y de la manera en la que esté afectado por ella. Pero únicamente el comentario lacaniano permite captar los mecanismos a través de los cuales el goce se anuda al inconsciente.

Traducción: *Liliana Bilbao*

Freud y el gusto de nuestra época [*]

Por Germán García

El autor, después de indicar la posición de Freud respecto a los desarreglos en el plano del amor, expone las razones que explican la seducción que provocaba, y provoca, el psicoanálisis. Freud, siendo receptivo a las pasiones sin abandonar los preceptos de la Ilustración, talló profundo en el gusto de su época, y más allá. Pero, evitando los extravíos del Romanticismo, supo inventar una respuesta distinta que aún perdura.

Freud, desde los albores del psicoanálisis, se sintió atraído por el “extraordinario fenómeno del amor”, fenómeno que hace que una persona llegue a tener una “singular representación de otra”. ¿El amor encuentra y/o produce las cualidades del amado? Cualquiera sea la respuesta, la singular representación se establece de manera persistente y produce tanto tristeza como alegría.

En esa época trataba a los pacientes inmortalizadas luego en los *Estudios sobre la histeria* (la señorita Ana O., Emmy von N., Elizabeth von R. y la señora Cecilie, entre otras), que mientras confesaban -sin saberlo- los deseos que circulaban por sus fantasías, ponían en el banquillo de los acusados a padres, maridos, hermanos, novios o pretendientes: la virilidad no estaba a la altura de sus promesas. Pero Freud no desesperaba de las “fallas” que encontraba en los hombres, ni del enigma de la insatisfacción femenina.

Por otra parte, la maternidad estaba perturbada por el amor romántico y la paternidad por el amor-pasión. Freud le puso un nombre a la incertidumbre sexual generalizada: *bisexualidad*. Eso significa que la identidad de cada sexo está a merced de las identificaciones, que cada uno es otro para sí.

Es difícil saber el impacto de los planteos de Freud en aquella época, pero sabemos que, en la nuestra, esas cosas - como la bisexualidad - forman parte del espectáculo de la felicidad que se ofrece a la inercia de vidas que, como se grita en masa, la miran por TV.

Mientras tanto, el término inconsciente recorrió un camino y se fue incorporando al lenguaje cotidiano como falta de intención.

Antes de Freud, el inconsciente había sido estudiado por Lancelot Law Whyte, que remontaba esta noción hasta el siglo XVII, pero el psicoanálisis propuso con este término algo diferente: el “aparato psíquico” descrito por Sigmund Freud no tiene nada del inconsciente romántico, el inconsciente místico que tanto fascinó a Carl Gustav Jung.

Fue necesario que la *razón* defendida por la Ilustración y las *pasiones* del Romanticismo mostraran algo de la nueva escisión en marcha, la nueva versión que la época proponía de esas razones del corazón que la razón no entiende. Pero eso dice poco del proyecto de Freud, de la práctica que inventa, de la huella que traza en el gusto de su época. Wittgenstein escribió que Freud habla de la resistencia al psicoanálisis, pero no de la seducción que provoca. Hoy no podría decirlo, puesto que Jacques Lacan (que convirtió a Freud en su precursor, en el sentido en que Borges habla de esta operación) expuso las razones de esa seducción. Más allá del gusto de su época, Freud amplió la razón ilustrada para incluir las pasiones románticas. Las primeras seducidas fueron las mujeres, excluidas de esa razón y molestas por el lugar que hasta entonces se les había concedido: desde la célebre Lou Andrea Salomé hasta la influyente princesa Marie Bonaparte, una multitud de mujeres integraron el movimiento creado por Freud.

Incluso en los momentos del feminismo radical el psicoanálisis estuvo abierto a las colegas mujeres, que hoy son mayoría en todo el mundo. Las disidencias que existieron y existen no pueden ocultar esta nueva alianza, tan diferente de las que habían conocido las mujeres y los hombres hasta ese momento.

La invención del psicoanalista llevó su tiempo, pero su existencia social es un hecho difícil de historiar porque su accionar cotidiano se realiza en el discreto silencio que rodea esta práctica. Y así tiene que ser, porque el analista no impone sus temas sino que los descubre y los elabora: por eso cambian con el gusto de la época.

Presente y porvenir

Estaríamos menos interesados en nuestro antepasado Sigmund Freud si algo que está en el aire dejara de anunciar que es también nuestro presente y nuestro porvenir. Ese algo es el “gusto”, el no se qué, que dictamina lo que es perdurable y lo que es efímero. Es por eso que Jacques Lacan dice que el psicoanálisis no cayó del cielo, sino que caminó cierto tiempo “en las profundidades del gusto”. Tampoco olvidemos que la neurosis infantil que sobrevive en el adulto es lo que Kant llamaba “la minoría de edad” de quien no se guía por la razón y en consecuencia se deja tutelar por otro. La “tutela” del analista, en este sentido, actualiza por la transferencia esas figuras del pasado que encadenan a cada uno, con la finalidad de disolverlas. Lejos de hacer un culto de la memoria, el psicoanálisis dice que la repetición del que olvida le impide vivir su presente y programar su porvenir.

La temática de Freud es la del romanticismo porque así llegaba hasta su consultorio. Pero la respuesta de Freud no era romántica. Lejos de rechazar las pasiones como la razón ilustrada, lejos de abandonarse a ellas como los románticos, encontró en lo que llamó transferencia la condición de un diálogo que está *entre* la neurosis y la vida corriente. Un diálogo fundado en la paradoja siguiente: el que se analiza no está solo, ni acompañado.

* Este texto de Germán García, fue publicado en el diario *La Nación*, en la sección *Enfoques*, el 7/5/2006.

Actualidad de los debates freudianos en la civilización del trauma

Por Mónica Torres

A partir del artículo de J.C.Milner "Después de la masacre", en el que el autor sitúa a los seis personajes de la obra de Pirandello *Seis personajes en busca de un autor*, Mónica Torres se pregunta por las consecuencias que la Primera Guerra Mundial, época contemporánea a Freud, tuvo en la subjetividad a partir de allí. Donde ya no se trataba del asesinato del padre, sino por el contrario del asesinato de los hijos. Como contrapunto, ubica la época actual en la que el trauma se ha generalizado y la masacre ha devenido acontecimiento de masas. Es en este contexto que sitúa las diferentes posiciones de Freud respecto al análisis gratuito. Recordando que la Clínica de Berlín se sitúa después de la masacre. Mónica Torres también reflexiona en cómo pensar ahora ese antes y después de la masacre, y en las consecuencias de vivir en el trauma, en tanto es la manera en que se expresa el sin-sentido en la actualidad. A partir de allí analiza los dos proyectos asistenciales de la EOL: *La Red Asistencial y Pausa*; y exhorta a los analistas a tratar de responder a cómo puede intervenir el psicoanálisis en la época del Otro que no existe.

En un artículo titulado "Después de la masacre" Jean Claude Milner analiza la obra de Pirandello *Seis personajes en busca de un autor*. Su tesis es que estos seis personajes se sitúan precisamente después de la masacre. Los seis personajes están referidos a una circunstancia. La circunstancia eterna de toda pos-guerra. Si el teatro, -es la tesis de Milner- el teatro griego por excelencia, es la conmemoración del asesinato del padre por la sociedad de los hijos, ¿qué ocurrió después de la Primera Guerra Mundial cuando la masacre devino ley del mundo durante cuatro años, es decir, entre 1914 y 1918? Tiempos de Freud.

¿Qué ocurrirá ahora que hemos visto exactamente lo contrario, a saber, el asesinato sistemático de los hijos por la sociedad de los padres? Jamás personajes como estos encontrarán un autor, es la tesis de Milner. Se refiere a la pérdida del padre; cuestión que J. A. Miller ha comentado en varios textos, por ejemplo en *El Otro que no existe y sus comités de ética* y en la conferencia que dio en Comandatura hace dos años cuando habló de los sujetos sin brújula, desorientados.

A mi vez, pretendo aplicar esta tesis a dos cuestiones. La primera en relación al cambio de posición de Freud, con respecto a la asistencia, desde 1913, cuando escribe "Sobre la iniciación del tratamiento" o "Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis", hasta 1918 cuando concibe tratamientos gratuitos en instituciones públicas atendidos por médicos con formación psicoanalítica dirigidos a ayudar a hombres y mujeres víctimas de las privaciones y de la pobreza; y que culmina en la Clínica de Berlín. El segundo punto lo voy a referir más bien a nuestro tiempo, cuando el trauma se ha generalizado y la masacre ha devenido acontecimiento de masas.

1- Freud y las instituciones gratuitas antes y después de la masacre

a) Antes de la masacre:

En 1913 en "Sobre la iniciación del tratamiento", Freud nos dice que las resistencias del neurótico se acrecientan con el tratamiento gratuito. En la mujer joven, nos dice, aparece la tentación contenida en el vínculo transferencial y en el hombre joven la renuncia al deber del agradecimiento -se trata de la histeria y de la neurosis obsesiva-.

Nos dice que es muy difícil sacar al pobre de la neurosis una vez que ésta se ha producido. Nos habla de la ganancia secundaria de la enfermedad para estos casos. Nos dice que la ganancia de la enfermedad es demasiado sustantiva y que los hombres pobres, debido a esa ganancia, piden conmiseración y pueden declararse eximidos de la exigencia de combatir su pobreza mediante el trabajo. Ya sea el trabajo concreto o incluso el trabajo analítico.

Y aparece allí la famosa frase:

"No hay nada más costoso en la vida que la enfermedad y... la estupidez"

b) Después de la masacre:

Sin embargo, alrededor de la Clínica de Berlín, es decir en 1920, Freud dirá todo lo contrario:

"Algún día la conciencia de la sociedad despertará y dirá que los pobres tienen tanto derecho a contar con ayuda para la mente como con ayuda quirúrgica para salvar la vida, y las neurosis amenazan la salud del pueblo no menos que la tuberculosis". Y agrega: *"Estos tratamientos serán gratuitos".*

La Clínica de Berlín, fundada en 1920, no haría otra cosa que seguir los lineamientos que Freud había indicado en 1918, en ocasión del Congreso de Budapest.

La Clínica de Berlín "para el tratamiento psicoanalítico de las afecciones nerviosas" y su instituto asociado, eran el primer llamamiento de Freud a la utopía.

¿Qué había ocurrido entre el pesimismo de 1913 y el optimismo, incluso la utopía de 1920? Se trataba de la masacre, de la Primera Guerra Mundial. Freud soñaba con un autor, con un padre para los hijos sacrificados, representados según Milner, por los personajes de Pirandello.

Aparecen cifras, estadísticas, sobre el tratamiento de los pobres. La Clínica de Berlín se sitúa entonces después de la masacre.

¿Cómo pensar la actualidad de ese "antes y después de la masacre" para nuestro tiempo?

2- Los hijos del trauma, hoy:

En los libros *La urgencia generalizada I* y *La urgencia generalizada II*, compilados por Guillermo Belaga y que contienen varios artículos, entre ellos, recientes desarrollos de Éric Laurent en relación al trauma generalizado de nuestro tiempo, encontramos varios enfoques sobre este tema.

Laurent en sus artículos "Hijos del trauma" publicado en *La urgencia generalizada I* y "El tratamiento de la angustia post-traumática", publicado en *La urgencia generalizada II* nos habla de la generalización del trauma. ¿Podemos comparar el antes y después de la masacre, en lo que he ubicado a Freud con Pirandello antes de la Primera Guerra Mundial, con nuestro mundo, antes y después de la generalización del trauma?

El telón de fondo de nuestro tiempo es "El teatro de la crueldad". La luz no está solamente en la razón, ella surge del movimiento violento de lo real, como lo explicitaron Milner, Éric Laurent y J.-A Miller. Después de la masacre, el teatro de la crueldad. ¿Cómo puede el psicoanálisis hacerse cargo de esto? ¿Hemos superado las objeciones que Freud hacía en 1913 a la cuestión de los tratamientos gratuitos?

Tomemos los dos proyectos asistenciales de la EOL, el de *La Red* y el de *Pausa*. En el caso de *Pausa*, en efecto, la oferta está dirigida a situaciones de urgencia subjetiva, vinculadas a nuestro tiempo. A aquellos que, con Eric Laurent, he llamado los hijos del trauma.

En el libro *La urgencia generalizada II*, hay un artículo mío titulado "Todos contra la pared en la civilización del trauma", en el que trabajo la cuestión del trauma generalizado a partir del comentario de la película de Fatih Akin

Contra la pared. Fatih Akin es él mismo un hijo del trauma, y también lo son sus personajes, tanto los de *Contra la pared* como los de *Im Juli*.

Akin es uno de los representantes del "cine turco-alemán", constituido por directores pertenecientes a la primera y segunda generación de inmigrantes turcos, cuyos padres y abuelos formaron parte de la mano de obra masculina para reemplazar a los hombres muertos durante la Segunda Guerra Mundial; y quienes pasaron a formar parte del llamado "milagro alemán", héroes de la extrema frontera como los ha llamado A. Scheinkestel.

Los personajes centrales de Akin, Caith y Sibel, se conocen precisamente en un centro de salud, donde han sido enviados después de que ambos han intentado suicidarse. Ambos, como el mismo director, son hijos de turcos que han nacido, como Sibel, en Alemania o se han ido a vivir allí como Caith.

Si nos referimos a los dos sentidos del trauma que Eric Laurent menciona en "El revés del trauma" [1], podemos decir que los hijos del trauma de nuestro tiempo están particularmente afectados por el hecho de que lo real está en exclusión interna respecto de lo simbólico. Ese punto de real, que no puede ser reabsorbido por lo simbólico, es la angustia; tal como Lacan ya lo había anticipado. La angustia ha recuperado en nuestro tiempo un sentido traumático.

En un sentido el trauma del que nos vemos afectados es siempre el trauma de ser sexuados. Pero a la vez, conviene a nuestro tiempo hacerse cargo del trauma específico de nuestra época: la época del Otro que no existe. Se trata de la civilización del trauma. Vivimos en tiempos en que el sujeto acuciado por la violencia, la guerra, la pérdida de ideales, el terrorismo y la segregación, atraviesa la civilización del trauma. Ya no se trata del malestar en la civilización sino de que el trauma es la civilización de nuestro tiempo. El trauma es la manera en que el sin-sentido se expresa en la época actual.

Pausa, a mi entender, se ocupa específicamente de ese tipo de pacientes. Aquellos que, como los personajes de Akin, nos demuestran que ya no vivimos en un mundo común donde termina por unirse la referencia al lenguaje. Al contrario, vivimos en un mundo que nos tiene a todos contra la pared del sin-sentido y lo que nos es común es el trauma de *lalengua* y la no existencia de la relación sexual.

Pero debemos tener en cuenta la época y en ese sentido tanto *La Red* como *Pausa* se ocupan de ese tipo de sufrimiento; lo que es más evidente en el tipo de consulta que se dirige a *Pausa*. Cabría preguntarles a los terapeutas de ambos proyectos, cómo se ponen a salvo y resguardan a sus analizantes de los contra golpes agresivos de la caridad, cuestión que ya preocupaba a Freud.

Cabría preguntarles, -me gustaría que alguna vez hubiera lugar para esa polémica en nuestra Escuela-, cómo es posible que el sujeto se responsabilice de su goce cuando no tiene que pagar, al menos con dinero; cómo es posible que se responsabilice de su tratamiento. Porque finalmente ésa era la pregunta que se hacía Freud en 1913 -aunque la formulaba en sus términos-: si el sujeto no paga por su tratamiento, ¿es posible que se responsabilice de su goce? ¿Cómo es posible que se instale la transferencia, -y esa pregunta es especialmente para los terapeutas de *La Red*-, en relación a un significante como *Red Asistencial*? En el caso de *Pausa*, la transferencia puede referirse a la institución, ya que hay un lugar, una institución, un edificio en el que la institución funciona. Incluso se trata de un dispositivo que permite que varios terapeutas vean a un mismo paciente. ¿Cómo es posible establecer la transferencia en esos términos?

En el caso de *La Red*, los analistas atienden en sus consultorios, pero han sido derivados por admisores que representan al significante *Red Asistencial*. ¿Cuáles son las dificultades con las que nos enfrentamos, en relación a la transferencia, cuando está representada por un significante y qué pasa en ese caso con el sujeto-supuesto saber?

En nuestro tiempo, nuevos síntomas y nuevas angustias hacen necesarias nuevas respuestas del psicoanálisis. Se trata de la pregunta ¿qué lugar resta para el analista después de la masacre; después de los atentados terroristas, de la violencia en las grandes ciudades, de los campos de concentración que también han existido en nuestro país, de la pérdida de ideales, de un tiempo marcado por el trauma y la inexistencia del Otro?, ¿habrá lugar para alojar a los hijos

del trauma? Estos personajes, estos pacientes sin Otro, sin autor, ¿encontrarán el modo de establecer una relación con un analista? ¿Lograremos que se hagan responsables de su goce con los dispositivos que les proponemos? ¿Qué haremos, qué hacemos, en nuestra clínica contemporánea, la clínica del Otro que no existe, la de las nuevas modalidades de goce, la de los síntomas que no se organizan alrededor del Nombre del Padre y que dejan al sujeto cada vez más desamarrado del lazo al Otro y librado a lo mortífero del goce pulsional? ¿Hay un lugar para el psicoanálisis en esas condiciones? ¿*Pausa* y *La Red* son la utopía de nuestro tiempo y de nuestro país, así como lo fue en tiempos de Freud la clínica de Berlín?

Esas son las preguntas que los analistas debemos respondernos para estar a la altura de las preguntas de Freud en 1913 y de la respuesta de la clínica de Berlín en 1920. Ahora que en verdad no estamos en tiempos que podemos llamar “después” de la masacre, sino que habitamos el desierto de lo real, el movimiento violento de lo real, tiempos de la masacre misma.

Enfrentamos un tiempo más acuciante que el de Pirandello. Puesto que nosotros mismos somos hijos o hijos de los hijos de los personajes sin autor, es decir, sin Otro. No encontraremos jamás al autor, es decir, al Otro consistente. ¿Qué haremos, que respuesta tenemos para dar que esté a la altura de las preguntas freudianas, en tiempos sin Otro? *Pausa* y *La Red* son las respuestas actuales a los debates freudianos que siguen hoy vivos.

Notas

1- El trauma es un agujero en el interior de lo simbólico. Lo real está en exclusión interna con respecto a lo simbólico. El analista puede pretender restituir el sentido.

2- Hay otro sentido que desarrolla Miller en referencia a la última enseñanza de Lacan. Hay simbólico en lo real. Desde esta perspectiva hay que reinventar a un Otro que no existe más.

En esta aproximación el analista ocupa el lugar de la pérdida esencial del objeto. El analista mismo es traumático. Cabe preguntarse si el primer sentido del trauma se refiere al psicoanálisis aplicado y el segundo al psicoanálisis puro.